



LAS FUERZAS MERCENARIAS EN LAS LUCHAS DE INDEPENDENCIA DEL SIGLO XIX

Alberto Guillermo Flórez Malagón¹

Resumen

This article explores the mercenary character of the foreign troops that participated in the process of political independence in new Granada and Venezuela in the first half of the nineteenth century. Mercenary troops were employed because of limitations placed on the participation of Native Americans as part of creole Military policy. This situation produces difficulties in foreign trade which had financial, military and political consequences for mercenary conscription. Finally, the article shows how, at the conclusion of the armed struggle, there was an attempt to control the foreign, mercenary presence which, in some cases, developed into a "neocolonial vanguard" to directly influence the republican political activity, representing a threat to creole political control.

MERCENARIOS EN LA HISTORIA

El uso de tropas mercenarias extranjeras ha sido recurrente en los conflictos militares de todas las historias nacionales. A pesar de ello, el fenómeno no siempre se ha llamado por su nombre. Esto es comprensible si se consideran las opciones apolégicas de los

primeros historiadores nacionales, especialmente durante el auge de las mitologías formadoras de identidad nacional en los siglos XIX y XX.

Los mercenarios se estudian cada vez con más atención por parte del mundo académ-

¹ Profesor Asociado. Departamento de Historia. Pontificia Universidad Javeriana.
El autor agradece la asistencia de Amada Pérez e Isabel López en la recolección de material útil para este trabajo.

mico², y la actualidad del fenómeno es tal que existen en todo el mundo ofertas que incluyen desde la famosa revista *Soldiers of Fortune*, hasta las empresas y "clanes" dedicados a prestar servicios militares de este tipo³.

A pesar de la importancia del problema, la palabra mercenario todavía no tiene una definición completamente aceptada por la ley internacional y el término es a menudo inconsistente e incorrectamente aplicado por individuos que hablan más desde un punto de vista emocional⁴. Tradicionalmente, los mercenarios han sido definidos como «extranjeros» contratados para tomar parte directa en conflictos armados. Su principal motivación es la ganancia monetaria, más que la lealtad a un estado-nación, o a su proyecto. Así, los mercenarios aparecen sobre todo en conflictos interestatales, aunque éste no es su único campo de acción. Además, contrariamente a generalizaciones imprecisas referidas en la cultura popular, los grupos mercenarios no se imponen a sí mismos sino que son buscados, encontrados y contratados como una manera de conducir operaciones militares, tanto externa como internamente, como cualquier fuerza militar regular.

Aunque los mercenarios son hoy en día notoriamente asociados con el colonialismo en

África, en realidad han sido utilizados virtualmente en cada rincón y época del planeta. Aunque no es la primera profesión más antigua del mundo, seguramente está muy cerca de ser la segunda, ya que los mercenarios han existido desde que se inventó la guerra.

En gran parte de la historia humana se consideró como el orden de las cosas, que la destrucción de la guerra debería dejarse en manos de extranjeros necesitados, de manera que los ciudadanos de los estados ricos pudieran continuar haciendo sus fortunas sin exponerse. Esta tradición se remonta al Siglo IV a. C., y los mercenarios han figurado prominentemente en algunas de las más grandes campañas militares en la historia desde entonces. Los ejércitos cartagineses eran mercenarios, así como los de Aníbal cuando invadió Italia. Alejandro Magno utilizó cerca de 50 mil mercenarios en el año 329⁵. Durante el período 1100-1600 las tropas mercenarias fueron utilizadas con frecuencia; en esa época muchos gobernantes contrataron soldados profesionales entrenados para proteger sus estados. En el Siglo XVI, el influyente trabajo sobre política *El príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, dedicó una de sus secciones a discutir las desventajas del uso de tropas mercenarias desde la Antigüedad hasta

- 2 Algunos títulos acerca de mercenarios modernos e históricos incluyen: Samantha Weinberg, *Last of the Pirates: The Search for Bob Denard*, Pantheon Books, 1995; Paul Balor, *Manual of the Mercenary Soldier: A Guide to Mercenary War, Money and Adventure*, Paladin Press, 1988; Janice E. Thompson, *Mercenaries, Pirates, and Sovereigns: State-Building and Extraterritorial Violence in Early Modern Europe*, Princeton University Press, 1994; Gilbert John Millar, *Tudor Mercenaries and Auxiliaries, 1485-1547*, University Press of Virginia, 1980; Shelford Bidwell, *Swords for Hire: European Mercenaries in Eighteenth-Century India*, Transatlantic Arts, 1972; R.A. Stradling, *The Spanish Monarchy and Irish Mercenaries: The Wild Geese in Spain 1618-68*, Irish Academic Press, 1994; H.W. Koch, *The Rise of Modern Warfare: From the Age of Mercenaries Through Napoleon*, Crown Pub., 1983; Malin Brown, *Merc: American Soldiers of Fortune*, MacMillan Publishing Co., 1980; Wilfred G. Burchett, *The Whores of War: Mercenaries Today*, Viking Press, 1977; Mike Hoare, *The Seychelles Affair*, Bantam Press; Mike Cononel Hoare, *The Road to Kalamata: A Congo Mercenary's Personal Memoir*, Lexington Books, 1989; Anthony Mockler, *The New Mercenaries/the History of the Hired Soldier from the Congo to the Seychelles*, Paragon House, 1987; Peter Tickler, *The Modern Mercenary: Dog of War or Soldier of Honour?*, HarperCollins, 1988; Gerry Thomas, *Mercenary Troops in Modern Africa*, Westview Press, 1984; Keith Cory-Jones, *War Dogs: British Mercenaries in Bosnia Tell Their Own Story*, Century, 1996; and Frederick Forsyth, *The Dogs of War*, Bantam Books, Abril 1990.
- 3 Alrededor de 90 fuerzas privadas de seguridad, de diferentes tipos, existen actualmente en África, y Suráfrica es el proveedor líder de mercenarios (William Reno, *Privatizing War in Sierra Leone*, Current History, mayo 1997, p. 230. Solamente en Angola existen 80 grupos, ya que el gobierno angoleño exige a las firmas comerciales, como a las de explotación minera y petrolera, que provean su propia seguridad. La tendencia global es a reducir los ejércitos tradicionales e inundar el mercado con expertos militares y soldados profesionales y, gracias a esta tendencia, las fuerzas militares en el mundo cayeron en número de 28 millones 320 mil en 1987 a 23 millones 5000 mil en 1994 (World Military Expenditures and Arms Transfers 1995, U.S. Arms Control and Disarmament Agency, 1996, pp. 5, 53).
- 4 Más información sobre este punto se encuentra en Gerry S. Thomas, *Mercenary Troops in Modern Africa*, (Boulder: Westview Press, 1984)
- 5 Sam Roggeveen, *The Case for the Mercenary Army*, Australian Defence Force Journal, No. 126, sep./oct. 1997, p. 50.

el Renacimiento, describiendo con especial detalle su uso en las repúblicas italianas⁶. Más adelante, en la década de 1790, se estima que cerca de la mitad de los soldados rasos del ejército prusiano, unos 200 mil, eran mercenarios extranjeros sin compromiso con la causa para la cual habían sido enlistados⁷. Además, algunos Estados “alquilaban” sus soldados para obtener dinero por esos servicios⁸.

Los mercenarios fueron, sin duda, una importante presencia en la revolución de los Estados Unidos de América, con cerca de 30 mil mercenarios alemanes de la región de Hessen, peleando para los ingleses⁹. Los mismos gobernantes de Estados Unidos han utilizado mercenarios en épocas recientes, en la Guerra del Vietnam o en el conflicto centroamericano, aunque los han llamado aliados, para evitar la controversia con la opinión pública¹⁰.

Tradicionalmente, el último símbolo de la soberanía de una nación es su habilidad para monopolizar los mecanismos de la violencia; por ejemplo, constituir, mantener y utilizar fuerzas militares, pero ello no siempre ha sido posible y en toda la historia militar del planeta persisten tradiciones de utilizar grupos que pelean para cualquiera que pueda pagarlo, antes que motivados por los temas del nacionalismo o de cualquier otra ideología.

MERCENARIOS EN LA NUEVA GRANADA Y VENEZUELA

La historiografía colombiana de los años setenta y ochenta desarrolló un revisionismo

centrado en la diatriba a la «historia académica», especialmente dirigida contra la llamada «historia patria», la cual se había concentrado sobre todo en las gestas heroicas, la historia militar y la historia política de las elites y las instituciones nacionales. Este proceso de rechazo a la historia de las academias tradicionalistas, permitió la consolidación de nuevos caminos en la historia profesional del país. Sin embargo, hoy en día, después de maduras estas críticas, resulta sin duda útil recuperar, entre otros, los valiosos aportes documentales de la historia académica, para explorar en nuevos terrenos los viejos temas que ocuparon a los historiadores nacionalistas.

En este texto se quiere volver la mirada sobre uno de los procesos más documentados en la historiografía de la primera mitad del Siglo XX, la guerra de Independencia del Siglo XIX, para explorar la importante y variada participación de tropas contratadas en el proceso de la Independencia política criolla. Más que su simple exaltación, nos interesan en estas notas las condiciones del proceso de participación militar de los grupos mercenarios y su papel en la transformación del ordenamiento político del mundo criollo en el Siglo XIX. El tema, tratado aquí de manera sucinta e introductoria, retoma un período y un conflicto relativamente olvidados por los historiadores sociales colombianos quienes en su rechazo a la historia política tradicional se abstuvieron por un tiempo de tratar estos problemas, aunque existen, por supuesto, notables excepciones en artículos de “nuevos historiadores”, consignados en his-

6 Maquiavelo, *El príncipe y Otros escritos* (Bogotá: Ediciones Universales, sf), 91.

7 Charles Townshend, *Oxford Illustrated History of Modern War*, (NY: Oxford University Press, 1997), 61.

8 Ibid. «Un problema adicional fue la dependencia de la mayoría de los Estados hacia los mercenarios contratados por los «empresarios militares», como Albert von Wallerstein, quien proveyó el grueso de los ejércitos imperiales, o como Peter Ernst, Graf von Mansfeld, un reclutador para la causa protestante. La guerra se había convertido en una industria internacional con su propia dinámica, racionalidad e instituciones y los estados necesitaban retomar el control.» p. 21.

9 Sobre el papel de los «Hessian» en la Independencia de Estados Unidos, véase Rodney Atwood, *The Hessians: Mercenaries from Hessen-Kassel in the American Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 1980)

10 Robert M. Blackburn, *Mercenaries and Lyndon Johnson's 'More Flags': The Hiring of Korean, Filipino and Thai Soldiers in the Vietnam War*, McFarland & Co., 1994; véase igualmente el sitio internet <http://ssd1.cas.pacificu.edu/as/students/koreavet/merc.html>.

torias generales y enciclopedias sobre historia colombiana¹¹.

El reclutamiento militar ha sido siempre un mecanismo de coerción con el ánimo de avanzar militarmente el proyecto político de un grupo social, representativo o no de los intereses globales de una sociedad, el cual expresa un proceso orientado por unos pocos y en favor de unos pocos. Se atribuye a Napoleón la famosa frase «un hombre como yo se preocupa poco por la vida de un millón de hombres», la cual podría extenderse a la visión que un ejército puede tener de sus miembros, bajo la excusa de imponer una ideología o, como es el caso de este estudio, un proyecto político de independencia.

En este corto artículo se dará una mirada al proceso militar de la Independencia en Colombia, con énfasis en los mecanismos del reclutamiento, especialmente el de soldados extranjeros, ya que el tema del reclutamiento era quizás el principal problema administrativo de la guerra. Se quiere así insistir en la especificidad del ejercicio político durante la guerra de independencia, cuya principal expresión fue la imposición de la guerra sobre una población que no desarrollaba casi ningún tipo de articulación con los proyectos de los líderes de esa lucha. Estos pretendían imponer su proyecto en territorio de regiones y de etnias cuyos miembros poco conocían o compartían, e incluso rechazaban, las propuestas ilustradas y republicanas de los poderosos criollos. Finalmente, se referirá brevemente al papel de algunos de los militares contratados en el período de la posguerra de Independencia, quienes se convierten a veces en parte de la “vanguardia capitalista”¹² que promueve las nuevas propuestas de dependencia neocolonial en la organización de las nacientes repúblicas, desde su posición de funcionarios y políticos activos.

Las dificultades del proyecto militar criollo y el origen de las contrataciones

Durante las guerras de Independencia, grandes porciones de la población no mantenían convicciones firmes para apoyar a los elementos conservadores de la elite realista o a las fuerzas radicales patriotas. Estos grupos desarrollaron innumerables estrategias, desde la persuasión hasta la coacción, para lograr que los sectores populares lucharan para ellos contra sus amigos y vecinos en una política de polarización. Lograr que jóvenes y niños salieran de sus casas a defender una causa que no entendían o que rechazaban, requirió de un continuo ejercicio de coerción. Y ésta fue una práctica no siempre exitosa. Manipular los conflictos raciales y ejercer un control global en torno al proyecto militar, no fue tarea fácil y la mayor parte de las veces sólo llevó a una crisis permanente en los procesos de reclutamiento.

Los líderes militares criollos se quejaban durante todo el tiempo de la guerra de la poca pertenencia que tenían los soldados en el ejército y de su gran movilidad entre los diferentes bandos en conflicto: “con frecuencia sucedían numerosas deserciones y cambios de soldados del ejército patriota al realista y viceversa. Por ello las tácticas militares eran secretas, con el fin de disminuir la deserción”¹³.

Así, la permanencia de los soldados en la tropa fue un permanente dolor de cabeza para los oficiales a cargo. Una vez reclutados los individuos, los jefes tenían que diseñar estrategias para evitar los escapes. En plena guerra, el general Santander escribía un diciente memorial a uno de sus subalternos: “he dado orden al capitán Vegal para que entregue a usted toda la recluta que haya hecho. Esta gente es necesario tenerla arrestada y no hacerla salir para ejercicio sino a mañana, medio día y tarde, pues

11 El trabajo precursor de estos textos es el artículo de Javier Ocampo López, *El proceso militar y político de la Independencia*, en *Manual de Historia de Colombia*, Tomo II (Bogotá: Colcultura, 1981). También vale la pena mencionar aquí el texto de Carlos Eduardo Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos* que, aunque no trata el tema de las Guerras de Independencia, sino el de la Guerra de los Mil Días, en el período republicano de finales del Siglo XIX, es una buena aproximación al tema de la participación popular en las guerras del Siglo XIX.

12 El término es propuesto por Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation* (New York: Routledge, 1994)

13 Ocampo, *El proceso militar*, 119

de otro modo no se consigue ni un recluta...”¹⁴ y añadía, “toda la recluta que tenga usted existente en ese cantón la conducirá usted bien escoltada y asegurada a entregarla a disposición del comandante Arredondo en Pore.”¹⁵

A pesar de las diversas estrategias desarrolladas por los oficiales, su fracaso fue evidente en los informes de deserciones que llenaron buena parte de la correspondencia militar de la época. A la postre se entendía que el problema obedecía sobre todo a las dificultades de imposición del discurso persuasivo independentista, a la ineficacia de las prácticas coactivas, y a la carencia de recursos para pagar a los soldados. Esto quedó claro desde el principio de la guerra, como le comentaba Santander a Bolívar en 1813:

*Señor general. Ya por el parte del capitán Lamprea, ha sabido usted que la noche del 28 se han desertado con armas y municiones 26 soldados de la primera compañía del 5 batallón. La noche del 29 se desertó otro soldado de la 4 y es muy regular que en las siguientes continúen las deserciones. No debe atribuir usted a otra causa semejantes excesos, sino a la falta de dinero y a la de víveres... en semejante situación no es extraño que un hombre sin principios como es el soldado, abandone el servicio, para ir a buscar el sustento a otra parte. Usted sabe que en ninguna parte del mundo hay tropas de línea sin prest y ración...”*¹⁶

La continua falta de recursos para pagar salarios no solamente afectaba a la tropa sino que en más de una ocasión hasta los más altos jefes pusieron en duda su participación en la guerra. En el mismo año, Santander, desde La Grita, también escribía a Manuel del Castillo: “no respondo de deserción alguna, ...va usted a recibir diariamente partes de deserciones y sólo ofrezco ser el último que me ausente de esta

ciudad, luego que todos los soldados se hayan desertado...”¹⁷.

El reclutamiento de los soldados ocasionó muchas dificultades, y al avanzar la guerra el reclutamiento se volvió forzoso. El 28 de julio de 1819, Bolívar expidió un decreto en Duitama, mediante el cual se ordenó que serían fusilados todos los hombres entre los 15 y los 40 años de edad que no se presentaran a integrar el ejército patriota. Igual procedimiento tomaron los jefes realistas para sostener el cuerpo de los ejércitos fieles al monarca¹⁸.

Todos estas y muchas más dificultades llevaron, desde el mismo comienzo de la guerra, a explorar otras alternativas para asegurar una mayor estabilidad en los ejércitos criollos; la principal de ellas, la contratación de soldados extranjeros. Tan temprano como 1812, Bolívar defendía ante sus vecinos neogranadinos el uso de fuerzas mercenarias, en contra de la opinión de varios de sus camaradas:

*Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no necesitaban pagar a sus hombres para mantener la Libertad. Todos los ciudadanos se convertirían en soldados cuando el enemigo atacara. Grecia, Roma, Venecia, Ginebra, Suiza, Holanda y más recientemente Norte-américa, derrotaron a sus enemigos sin la ayuda de tropas mercenarias que son simpatizantes del despotismo y la sumisión de sus ciudadanos. Con estas razones antipolíticas e inexactas, ellos fascinaban a la gente de mente simple; pero no podrían convencer a los prudentes que conocen muy bien la inmensa diferencia entre diferentes pueblos, épocas, y las diferentes costumbres de aquellos pueblos y los nuestros”*¹⁹.

El sentido realista de Bolívar clamaba por aprovechar toda estrategia pragmática para asegurar sus efectivos militares y, concretamente, dirigió sus esfuerzos hacia la incorporación de fuerzas extranjeras en el conflicto.

14 Carta de Santander al comandante Arredondo, 13 de enero de 1819. *Ibid.*, 310

15 Carta de Santander al capitán José Vegal. La Trinidad 13 de enero de 1819. *Ibid.*, 312

16 Carta dirigida a Simón Bolívar por Francisco de Paula Santander, La Grita, 30 de abril de 1813. Montaña, *Santander y los Ejércitos*, 16

17 Carta de Francisco de Paula Santander a Manuel del Castillo, La Grita, 30 de abril de 1813. *Ibid.*, 43

18 *Ibid.*, p. 118

19 Vicente Lecuna, compilador, *Cartas del Libertador* Tomo I, (Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1929), 38

El reclutamiento en las islas británicas

Así, las dificultades por mantener un ejército nativo estable y medianamente entrenado llevaron a implementar rápidamente el reclutamiento contratado de soldados y oficiales. Estos militares son referidos en la literatura como provenientes de muchos países europeos y americanos²⁰, pero los grupos más representativos y formalmente organizados vinieron de las islas británicas, de Francia y de Alemania.

Estos hombres provenían mayormente de los grupos de desempleados en sus países, especialmente debido al fin de las guerras napoleónicas, y habían oído desde hacía mucho que América era el continente de la plata y del oro, y muchos pensaban que solo tenían que venir a América para acceder a la riqueza de la que los españoles habían usufructuado durante tanto tiempo²¹. El imaginario de un Nuevo Mundo listo a ceder sus inagotables riquezas mineras había perdurado en la mentalidad europea por más de tres siglos, ofreciendo un estímulo importante a estos guerreros sin trabajo.

Podría decirse incluso que fueron inducidos a participar en la guerra americana por los intereses mercantiles de las potencias europeas. Por ejemplo, en un importante encuentro de comerciantes en Londres, dueños de barcos y manufactureros, principalmente, llamaban la atención sobre la importancia de la mutua colaboración en las guerras de independencia americanas si se querían aprovechar mejor las futuras posibilidades del comercio. Esta posición, de ninguna manera aislada, fue promovida en los periódicos del Viejo Continente, creando en las elites europeas un interés común por el proceso de la guerra en Sudamérica²².

Para el caso de los ingleses, escoceses e irlandeses, Simón Bolívar comisionó en 1817 a Luis López Méndez como agente extraordinario en Inglaterra por el gobierno de Venezuela, para realizar gestiones con el fin de obtener oficiales y soldados, armas, municiones, y dinero prestado para los gastos de la guerra. El éxito de esta comisión, y la importancia de estos reclutamientos en la coyuntura del momento, llevaron a que algunos autores afirmaran que "el verdadero Libertador de Colombia era López Méndez"²³.

Apenas López Méndez inició la promoción de las contrataciones, muchos individuos se acercaron a solicitar información, a engancharse, o a proponer contratos para reclutar soldados y oficiales. La propaganda se difundió por la prensa, pero luego se multiplicó por intermedio de los primeros soldados enganchados, quienes pasaron la voz a sus compañeros de armas desempleados.

El imaginario que circulaba en restaurantes, cafés, calles y plazas por donde se extendía la noticia, refería las posibilidades del enriquecimiento fácil. Las minas de Potosí, El Dorado, el oro y la plata eran los temas de la fiebre de enriquecimiento que disparó el interés de muchos para venir a América. En este ambiente, los emisarios criollos ofrecían atractivas condiciones laborales. Algunas de las propuestas de enganche prometían «un grado más alto a aquel que tuvieran o hubieran tenido en los ejércitos en los que habían servido... y el mismo sueldo y las mismas gratificaciones que hubieran tendido allí; llegados a Venezuela se les daría una compensación de gastos de transporte, y los incapacitados a consecuencia de heridas serían ampliamente compensados»²⁴.

Ante las nuevas perspectivas hubo casos de oficiales del ejército británico que incluso dejaron su puesto para enrolarse en la expe-

20 Tal es el caso del holandés Carlos Ludovico (algunos autores señalan su nacimiento en Curazao); de los españoles Manuel Cortés Campomanes, José Ramón de Leiva, Narciso Carretero, Pascual Andreux, José María Barrionuevo, José María Aguilar, Francisco Botio, del sueco Friderich de Aldercreutz, del catalán José Sardá, Juan de Brigard de Polonia, Manfredo Bertolazzy de Italia, entre muchos otros.

21 Alfred Hasbrouck, *Foreign Legionaries in the Liberation of Spanish South America* (New York: Octagon Books, 1969), 95

22 *Ibid.*

23 Luis Cuervo Márquez, *La participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la independencia de las colonias hispanoamericanas* (Bogotá: Editorial Selecta, 1938), 392

24 Cuervo, 351

dición. Muchos otros compraron su derecho y su grado, una práctica extendida en la época, como una inversión que les permitía hacer parte de la expedición en mejores condiciones que los soldados rasos²⁵.

El sistema más utilizado fue el uso de contratistas. La "fábrica de coroneles de López Méndez", como se llamó con ironía a este sistema, dio buenos resultados. Gustavo Hippisley, Donald Campbell, Henry Wilson, Skenne, George Elsom, English, Ueslar y A. Gilmore, entre otros, firmaron contratos para organizar cuerpos de tropas expedicionarias y generaron núcleos para los escuadrones, regimientos, batallones y brigada de artillería que se trasladaron a América²⁶.

Cada cuerpo reclutado tenía sus propios y vistosos uniformes, y pomposos nombres como Húsares Rojos, Lanceros Venezolanos, Regimientos de Rifles o Húsares Venezolanos. Los uniformes fueron importantes en la campaña publicitaria, y se exhibían en las vitrinas de los almacenes impresionando al público. Así, todos los grupos ordenaban vestidos similares, o más lujosos y de un costo mayor que los del ejército inglés, y sillas y aperos de caballería iguales a los de los Coraceros (Cuirassiers) Franceses o Húsares Ingleses, todo ello en el afán de atraer a su público de reclutas²⁷.

Con estos mecanismos, López logró enviar material de guerra y barcos para la armada del almirante Luis Brion, jefe de la marina de guerra colombiana, para la expedición del coronel George Elsom y la del coronel English²⁸. Todo a crédito y prestando dinero para el pago de soldados y oficiales.

La deuda externa antes de la República

Una y otra vez, los emisarios en el extranjero y sus jefes en América justificaban los crecientes gastos al debe, insistiendo en que «la furia española no podía vencerse con sólo lanzas y valor, eran esenciales elementos, material de guerra y hombres»²⁹, y era claro que ello no estaba disponible o bajo su control en el territorio americano.

Ya en 1816, el mismo Bolívar había preparado y llevado a cabo la «Expedición de los Cayos», todo, absolutamente todo, a debe³⁰. Lo que se compró o alquiló en Haití y Carúpano para dichas expediciones arrojó una deuda bastante grande para la época.

De esta expedición resulta interesante, además como ejemplo de la importancia de los intereses económicos, la vinculación de Luis Brion al proceso militar de la Independencia. Brion era un comerciante, armador de barcos en Curazao, quien había actuado como corsario en el Caribe, y quien mantenía importantes amistades en todas las Antillas. Proveedor de armamento del presidente haitiano Alexandre Pétion, se involucró por intermedio suyo en la Expedición de los Cayos, con un interés netamente comercial. Luego fue nombrado capitán de navío por Bolívar el 8 de febrero de 1816 y más tarde, el 2 de mayo del mismo año, almirante de las Fuerzas Navales de la República³¹.

A pesar del compromiso de Brion con la lucha criolla, las deudas contraídas con él nunca fueron olvidadas. En una de las cuentas de

25 Luis Cuervo Márquez, *La participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la independencia de las colonias hispanoamericanas* (Bogotá: Editorial Selecta, 1938), 349

26 La proliferación de coroneles en los contingentes extranjeros es llamativa si se tiene en cuenta que en 1816 en la nómina de militares venezolanos sólo figuraban 9 coroneles y aún después de la guerra sólo existían 50 coroneles efectivos en el Estado Mayor Republicano. Barriga, 213 y Fundación Francisco de Paula Santander, *Diarios de Campaña*, libro de órdenes, y reglamentos militares, 1818-1835 (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988), 152

27 Cuervo, 352

28 Los nombres de los extranjeros referidos en el texto pueden variar mucho de los originales, dada la tendencia generalizada en los documentos a españolizar muchos de estos nombres.

29 Barriga Villalba, Antonio María, *El empréstito de Zea y el préstamo de Erick Bollmann de 1822*. (Bogotá; Banco de la República, Sf), p. 13

30 Cartas a Bolívar, citadas por Barriga Villalba, *El empréstito de Zea*, p. 13

31 Fernando Barriga del Diestro, *Finanzas de nuestra primera independencia* (Bogotá: Editorial Guadalupe, 1998), 205

dichos préstamos firmada por Bolívar, Piar, Zea y Briceño, en 1817 se especificaba que,

..el Ciudadano Almirante Brion, nos ha vendido tres mil y quinientos fusiles.. y ciento treinta y dos mil piedras de chispa; obligándonos como por la presente nos obligamos a pagarle de los primeros fondos que la Confederación de Venezuela tenga disponibles a razón de diez y seis pesos fuertes por cada fusil y de ocho pesos fuertes por cada millar de piedras de chispa en oro o en plata; o bien en cacao a razón de diez y seis pesos fuertes por fanega, libre de todo derecho"³².

El carácter comercial de esta «ayuda» era estricto, y los documentos relatan cómo "yo hice ver a vuestra excelencia que sin dinero nada valdría haber llegado a aquel puerto 16.000 fusiles, y cuanto además conducía mister Brion, por exigir los propietarios el valor de los efectos de guerra que introducían."³³

Las reclamaciones de los deudos de Brion ante el gobierno criollo perduraron por los primeros años republicanos, y demuestran la gran importancia personal que estas transacciones tenían para los involucrados en el comercio de la guerra.

En Inglaterra, al debe, y de igual manera que López Méndez, el otro famoso emisario criollo, José María del Real, acreditado ante el rey británico por las Provincias Confederadas de la Nueva Granada, envió elementos de guerra y organizó la expedición del general McGregor. Ya desde el comienzo de las negociaciones, los criollos se vieron sometidos a fuertes presiones por parte de sus acreedores. Ante una previsible falta de liquidez, los plazos de los primeros préstamos se vencieron y, como no se cubrieron, la ley inglesa llevó a la cárcel a López y a Del Real, apoyándose además en los reclamos de los primeros coroneles que regresaron frustrados y sin recibir su paga de la expedición de 1817.

Otras misiones similares, en las que se aumentó de manera considerable la deuda, fueron lideradas por Fernando Peñalver, José María Vergara, Francisco Antonio Zea, Manuel Antonio Arrubla y Manuel José Hurtado³⁴.

En 1819, el vicepresidente de la República, Francisco Antonio Zea, ministro Plenipotenciario ante las Cortes de Europa, viajó a Inglaterra donde los numerosos acreedores de préstamos anteriores lo asediaron inmediatamente. Las cartas enviadas en esa ocasión por los banqueros ingleses muestran ya a esas alturas la situación de desconfianza de los miembros del Comité de Acreedores³⁵. Zea abrió una oficina especial para negociar directamente la cancelación de las deudas y sus intereses y procedió al estudio detallado de todas las cuentas de los préstamos para cargamentos de víveres, armas y municiones, vestuarios, compra y alquiler de barcos, transporte de tropas y pago de las mismas y por dinero en efectivo.

Después de cerca de un año de negociaciones, se acordó que la suma debida a los acreedores ingleses ascendía a 1.825.943 libras (547.783.12 en bonos) que se cubrirían con un empréstito de 2 millones de libras, quedando debiendo los banqueros 174.057 libras. Los pagarés fueron convertidos en dinero efectivo a una tasa de 30 libras por cada 100 libras en pagarés. El contenido de los pagarés, recopilado el 30 de marzo de 1821, no requiere mayores comentarios en cuanto al financiamiento de la guerra, especialmente en referencia a los costos generados por la contratación de tropas extranjeras (Véase Tabla 1).

Aunque es muy conocido el escándalo jurídico en el que se vio envuelto Zea por acusaciones de malversación de los fondos republicanos, nada parece indicar que el monto de la deuda fuera muy diferente al que aparece en los pagarés, a pesar de que el dinero dispuesto para negociar dichas deudas haya sido manejado de manera poco transparente, lo cual incidió adicionalmente en el crecimiento de las ci-

32 Carta de Tomás Montilla dirigida a Su Excelencia el Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, Santafé, 2 de octubre de 1815. *Ibid.*, 107

33 *Ibidem*

34 *Ibid.*, p. 85

35 *Ibid.*, pág. 15

TABLA 1. Bonos que pagó el ministro Zea

Acreeedores	Obligación
Hurry Powles	Ganados, armas, pólvora y víveres
William Duncan Campbell	Buques y cargamentos diversos
Hall Campbell	Buques y víveres
Cornelius Ryan	Alquiler de barcos
William Hudson	El bergantín «Hero»
Samuel y Jaime Mackintosh	Buques, equipaje y transporte de tropas (antes 10.000 equipos para soldados a 15 libras cada uno)
Charles Herring	La goleta «Henriette»
John Phythian	Dinero prestado a José M. del Real
James Stokes	Dinero prestado a José M. del Real
Joseph Hawkey	Financiamiento de la expedición de McGregor
Francis Macirome	Dinero para el pago de las tropas de McGregor
Rudolph Ackermann	Dos imprentas
Monkhouse Wright	Varias toneladas de plomo
William Gibbon	Alquiler de dos buques
Francis Corbauk	Dinero prestado a Luis López Méndez
John Davis	Dinero prestado a José M. del Real
William Walton	Dinero prestado a Luis López Méndez
Edward Hancorne	Dinero prestado a Francisco A. Zea

Fuente: Antonio María Barriga Villalba, *El empréstito de Zea y el préstamo de Erick Bollmann de 1822*. (Bogotá; Banco de la República, S/f), 16

Otros detalles de la deuda se presentan en la siguiente tabla:

TABLA 2. Resumen de costos de los pagarés en 1821

Préstamos	Valor (En libras)
Para la Armada de Brion, que negoció y contrató Luis López Méndez	150.951.2
Expedición de McGregor que negoció y contrató José María del Real	54.094.2
Expedición de George Elsom que contrató Luis López Méndez	153.739.16
Expedición de English que negoció Luis López Méndez	110.572.5
Préstamos de Edward Hancorne a Francisco Antonio Zea	66.666.12
Otros pagarés	10.110.15
Total	547.783.12

Fuente: Antonio María Barriga Villalba, *El empréstito de Zea y el préstamo de Erick Bollmann de 1822*. (Bogotá; Banco de la República, S/f), 16

fras, en las cuales se basaron los acreedores para exigir sus pagos.

Al empréstito que permitió cubrir las deudas siguió otro de 4 millones 750 mil libras en 1824, dando inicio a una serie de obligaciones de deuda externa que fueron asumidas con poco entusiasmo por las nuevas repúblicas. Sus presupuestos anuales apenas cubrían los gastos de países que salían de la guerra y difícilmente podían destinar recursos para el pago de la deuda externa. Por ejemplo, «el ingreso de las rentas en el año económico del 1 de julio de 1831 a 30 de junio de 1832 fue de \$2.327.310.6 reales, y el presupuesto de gastos para ese año ascendió a \$2.171.621.3 $\frac{3}{4}$ reales, en cuya suma no se incluían \$316.080 destinados a compras, fletes y conducción de tabacos»³⁶. Aun ante esta escasez, las deudas no pudieron eludirse dada la permanente y agresiva acción de los acreedores extranjeros y la decisiva intervención de los gobiernos, que respaldando a sus ciudadanos no dudaban en utilizar la intervención militar como mecanismo de presión.

En junio de 1834, el director del comité de poseedores de bonos colombianos, H. Davies, reclamaba sus pagos "dado que la tranquilidad ya no permitía a los nuevos estados presentar las excusas típicas del período de guerra"³⁷. Y en 1836 el gobierno británico, haciendo eco a estas quejas, asumió una posición de presión directa:

...una diputación de los tenedores de bonos suramericanos ha acudido recientemente a Su Señoría para manifestar renovadas protestas por la mala fe desplegada por el gobierno de la Nueva Granada al demorar todavía más el cumplimiento de sus compromisos para con los súbditos británicos que prestaron dinero

*a Colombia en sus momentos de dificultad... en un tiempo no lejano este sentimiento obligará al gobierno Británico a ocuparse del asunto, a menos que entre tanto los gobiernos americanos hagan, por su propia voluntad, justicia a sus acreedores británicos*³⁸.

Una excelente excusa para una demostración de fuerza ocurrió ese mismo año cuando "en las calles de la ciudad de Panamá tuvo lugar un encuentro entre el procónsul inglés Joseph Russell, y un señor Paredes, la noche del 20 de noviembre, en el curso del cual Paredes fue gravemente herido...El señor Russell fue golpeado y dominado sin ninguna ceremonia, después de haber sido desarmado, y llevado inmediatamente a la cárcel. El señor Turner, ministro británico en Colombia, intercedió y exigió la puesta en libertad del cónsul, la destitución de los funcionarios que lo encarcelaron, la restauración de la casa del cónsul, etc., y el pago de mil libras esterlinas, como compensación "por las crueldades sufridas"³⁹.

Esto fue rehusado en un primer momento por los funcionarios americanos. Además, el secretario de asuntos extranjeros (de Pombo) terminó así una de sus cartas para el ministro británico:

...si usted persiste en adoptar la alternativa de las hostilidades, sírvase comunicar sus intenciones a la mayor brevedad, para poder preparar nuestra defensa. En ese caso la Nueva Granada tiene el derecho indisputable de rechazar por la fuerza cualquier acto hostil de las fuerzas británicas. La pelea, desigual, es verdad, será lamentable, pero el mundo verá la justicia de nuestra causa y se dará cuenta que se nos forzó a este doloroso extremo en defensa de nuestros derechos na-

36 Mensaje de Santander al Congreso de 1833. Niles' Weekly Register, Baltimore, 18 de mayo de 1833, David Sowell, *Santander y la opinión angloamericana. Visión de viajeros y periódicos, 1821-1840*. (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1991), 260.

Francis Hall, *Colombia: su estado actual*, (Londres: Baldwin, Graddock y Joy, 1824) citado por, David Sowell, compilador, *Santander y la opinión angloamericana. Visión de viajeros y periódicos 1821-1840*. (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1991), 98

37 *Ibid.*, 266

38 Despacho del Secretario de Estado de su Majestad al Ministro Británico en Colombia y remitido a Lino de Pombo. Bogotá 7 de noviembre de 1836. Malcolm Deas y Efraín Sánchez (compiladores), *Santander y los ingleses, 1832-1840*. Tomo I. (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1991), 36

39 *Niles' Weekly Register*, 1837 (11/2) *Ibid.*, 446

*cionales, de nuestro honor y nuestra dignidad, contra las exigencias injustas de una nación poderosa que hasta ahora considerábamos amiga*⁴⁰.

Tanto orgullo resultó pasajero y, después de un corto bloqueo de un escuadrón británico a las costas de la Nueva Granada, el inglés fue liberado y a sus contrincantes se les multó con 6 mil dólares, lo cual satisfizo el honor de la Gran Bretaña, restaurando las buenas relaciones.

En cuanto a los bonos, finalmente, ante nuevas presiones oficiales de los ingleses y conocidas las posibilidades del uso de la fuerza, la deuda fue asumida a regañadientes en 1839, en porcentajes de 50, 28.5 y 21.5 por ciento por la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, respectivamente.⁴¹

El contingente británico

Resultado de las diligencias de los emisarios criollos, entre 1817 y 1819 llegaron cerca de 5.088 soldados ingleses, con quienes se constituyeron diferentes contingentes.

Si se considera que en 1824 el ejército grancolombiano, el más grande que participó en el proceso de Independencia, tuvo en sus filas entre 25 mil y 30 mil hombres, o sea 1% de la población colombiana de la época, la participación de los ingleses fue cuantitativamente notable⁴².

La primera expedición con más de 720 hombres partió de Londres a comienzos de 1817, en seis navíos: *Emerald*, *Indian*, *Dowson*, *Britannia*, *Prince*, y *Grace*. De este grupo de militares mercenarios, 277 eran oficiales y el coronel Hippisley asumió el mando general de todos ellos, aunque no siempre su liderazgo fue aceptado por los otros coroneles, a pesar de lo cual a su desembarco fue nombrado brigadier general.

Los problemas con los reclutados se iniciaron en el embarque mismo. Cuando los barcos no pudieron salir inmediatamente de Londres, mientras se terminaban los uniformes y se acababan de embarcar los elementos de guerra, los soldados tuvieron que permanecer en el muelle un tiempo prolongado, lo cual produjo la desertión de algunos y el descontento de todos, además de una indisciplina generalizada. Adicionalmente, un supuesto cirujano desertó llevándose todo lo que pudo, más quince libras que recolectó de cada oficial, para provisiones indispensables⁴³.

Además, al salir, el navío *Indian* naufragó en las costas inglesas, muriendo el coronel Skeene con la mayoría de su tripulación, salvándose sólo 9 personas de 220 que llevaba el buque. A esto se sumaron nuevas desertiones en los otros barcos, antes de que hubieran dejado la última escala inglesa⁴⁴.

La mayoría de los soldados y oficiales extranjeros habían cedido ante las halagadoras propuestas de los agentes criollos en Europa, pero rápidamente, a su llegada a América, empezaron a encontrarse con una realidad diferente, al encontrarse exhaustos al completar la primera mitad del viaje hacia la Nueva Granada. La disciplina desde sus primeros momentos fue muy difícil de mantener entre soldados que venían con el ánimo de enriquecerse más que para seguir una carrera militar⁴⁵.

Los detalles de la travesía no fueron muy halagadores. Como lo reconstruye Hasbrouck, "a bordo no había disciplina y el abuso del alcohol producía continuas reyertas y entorpecía el manejo del barco"⁴⁶. Así, al llegar a las Antillas, todo resto de orden había terminado. Allí no encontraron quien los recibiera y el gobernador de la isla de Granada, a quien consultaron sobre su situación, les propuso que rompieran los compromisos que habían adquirido, lo cual aparentemente motivó la desbandada de muchos soldados y oficiales.

40 *Idem*, 1837 (18/2). *Ibid.*, 448

41 *Ibid.*, pág. 43

42 Ocampo, *El proceso político*, 119

43 Cuervo, 356

44 Cuervo, 358

45 Hasbrouck, *Foreign Legionaries*, 95

46 Citado por Cuervo, 359

Los tripulantes del *Britannia* decidieron seguir a Puerto Príncipe y allí vender los cañones y elementos de guerra y el coronel Gilmore, jefe del grupo de Artillería, disolvió a los artilleros quedándose con unos 10 soldados solamente. Los otros regimientos de infantería se desbandaron. Unos siguieron a Jamaica, otros a Santo Domingo y Haití, o para las Antillas Inglesas, para buscar trabajo allí o buscar el medio de regresar a Inglaterra. El coronel Campbell, después de la muerte de su hijo, renunció a su puesto y regresó a Inglaterra, habiendo sido reemplazado por el coronel Pigott. Finalmente, el *Emerald* fue vendido al Almirante Brion, después de haber tenido serios problemas con la aduana en Granada.

De los 500 soldados llegados, solamente 150 siguieron para Angostura al mando de Hippiisley y Wilson, y posteriormente algunos pocos rezagados se reincorporaron⁴⁷. En estos primeros meses, los reportes de los pocos ingleses que continuaron al lado de los americanos eran desconsoladores, especialmente porque además de las dificultades del viaje muchos murieron de fiebre amarilla en Angostura.

El problema de las deserciones aparece desde el primer instante de la llegada a América:

Luego de haber salido de Angostura con el ejército independiente, tres soldados ingleses que habían desertado, cuando desembarcaron aquella noche con el propósito de volver por tierra a la ciudad, se asustaron de tal manera con el ruido de los monos rojos, que llamaron a los barcos que estaban anclados en el río y pidieron que los tomaran a bordo, declarando al mismo tiempo que estaban rodeados por tigres⁴⁸.

Cuando ni los oficiales ni los soldados recibieron el dinero que se les había prometido, muchos oficiales tuvieron que vender los costosos equipos que habían adquirido en Lon-

dres. Un equipo completo para un oficial costaba hasta 40 libras esterlinas y los de los soldados hasta 15 libras esterlinas. Ellos se quejaban que lo que lograban conseguir era lo que podían pillar. Y en efecto, muchos no recibieron su paga por dos meses después de haber llegado a América⁴⁹. En ocasiones Bolívar, incapaz de satisfacer el clamor de estos decepcionados extranjeros, fue forzado a permitir que los más vociferantes repudiaran sus contratos y regresaran a su país⁵⁰.

Cuando ni los oficiales ni los soldados recibieron inmediatamente el dinero que se les había prometido, muchos perdieron el poco sentido de lealtad que hubieran podido tener con la causa de sus contratantes. A veces preferían los peligros de los bosques desconocidos, escapando de las columnas en cuanto veían una oportunidad. Otros, inclusive, desertaron a pasándose al ejército realista, sintiendo que nada podía empeorar su situación.

Uno de los regimientos de esta primera expedición era el Primero de Lanceros Venezolanos, comandado por el coronel Donald Mac-Donald. Este llegó a Angostura en 1818, en el navío *Grace*, que había sido capturado por los españoles. En este contingente se encontraba Richard Vawell, capitán del Primer Regimiento, autor de unas interesantes memorias sobre esas campañas militares. En el caso de Mac-Donald, su barco quedó separado del convoy y fue asaltado por una partida de bandidos, y terminó asesinado, lo mismo que los que iban a bordo con él⁵¹. El mando de sus hombres fue asumido por Bolívar quien «les rogó que siguieran en calidad de guardias de honor bajo las órdenes inmediatas del coronel James Rook, uno de sus ayudantes de campo»⁵².

Inmediatamente después se presentaron ante Bolívar el coronel Wilson y su tropa, llamada de los Húsares Rojos, a causa del brillante uniforme escarlata que llevaban, y poco después llegaron el coronel Hippiisley al fren-

47 Cuervo, 360

48 Vawell, 26

49 *Ibid.*, 60

50 *Ibid.*, 131

51 Vawell, 53

52 Vawell 75

te del Primer Regimiento de Húsares de Venezuela y el coronel Ferrier, que traía un destacamento de artilleros con algunos oficiales⁵³. También se les unieron el teniente coronel Needham, que había llegado con un cuerpo de lanceros que el coronel Strenowitz había organizado en Bruselas con hanoverianos que habían servido bajo Wellington, y ahora se encontraban desempleados, y con ellos vinieron algunos oficiales ingleses sin contrato, como el capitán Feriar, quien dirigió el batallón Albión en Carabobo.

El contingente traído a la nueva Granada por McGregor tuvo incluso menos suerte que aquellos destinados a Venezuela. En Portobelo, McGregor tuvo que rendirse y sus soldados fueron fusilados o reducidos a prisión. El coronel inglés organizó poco después otra expedición sobre Riohacha desde Haití, pero los resultados fueron igualmente desastrosos.

Aunque las expediciones se regularizaron poco a poco, las dificultades iniciales nunca se superaron del todo. Después de muchas decepciones en el primer año de acciones de los ingleses, solamente los coroneles Rook y Gilmore seguían al servicio de los criollos.

Después del fracaso de 1817, Bolívar autorizó insistentemente al teniente coronel English para que contratara en Inglaterra un cuerpo de hasta 4 mil hombres. Para ello le ofreció el grado de brigadier general y el pago de cincuenta libras esterlinas por cada soldado que desembarcara en Venezuela. Así mismo, el capitán George Elsom se autorizó para reclutar mil hombres más en las mismas condiciones de pago y con la promesa de ser nombrado coronel. En todo ello, López Méndez fue el encargado de mediar y apoyar la nueva iniciativa⁵⁴.

Casi al tiempo, en julio de 1818, el general John D' Evereux ofreció sus servicios a Bolívar, a lo cual éste respondió con entusiasmo recordando al irlandés que se le pagaría más dependiendo del mayor número de legionarios contratados.

Elsom, en su contrato de reclutamiento, envió varios soldados desde las Antillas, quienes después de los descalabros de las primeras expediciones vagaban por las islas sin trabajo y se trasladaron a Angostura a alistarse de nuevo. Pero también envió otro grupo desde Inglaterra, en enero de 1819. Este contingente llegó a reforzar el que dirigía Rook y a fortalecer el ejército de Páez. Aunque la mortandad de estas nuevas expediciones fue grande, especialmente durante el viaje, a causa de enfermedades, y el mismo Elsom murió al poco tiempo de su regreso a América, por lo menos 700 ingleses llegaron en este contrato. Igual reactivación sufrió el encargo de English, el cual se benefició con soldados que regresaban sin trabajo de la ocupación en Francia.

Las propuestas de English a los soldados incluían el ofrecimiento de tierras y dinero para cuando se ganara la guerra, tiquetes para el viaje de ida y regreso y quinientos dólares después de cinco años de permanencia en América. El gobierno inglés, por su parte, toleraba estas expediciones, a pesar de las quejas españolas, especialmente para aliviar el creciente problema de desempleo militar y sintiendo la presión de comerciantes y armadores que se beneficiaban con la guerra.

Este último contingente llegó en febrero de 1819, en número de mil, y es el que se conoce comúnmente como Legión Británica. En ese momento también llegaron 150 soldados alemanes de Hannover, al mando del coronel Uslar⁵⁵. Todos ellos se unieron al mando del general criollo Rafael Urdaneta.

Después de varias dificultades con sus relaciones personales, Urdaneta retiró a English del mando de la fuerza inglesa, la cual asumió el coronel Blosett, muerto más tarde en un duelo con el jefe de un batallón de irlandeses, de apellido Power. La campaña inicial de estos extranjeros terminó con muchas dificultades y pocos logros, con enorme desertión y la pérdida casi total de la disciplina.

53 Vawell, 109

54 Cuervo, 375

55 Cuervo, 378

56 Walker, Colombia. *Siendo una Relación Geográfica, Topográfica, Agrícola, Comercial, Política de Aquel País, Adaptada para todo Lector en General y para el Colono en Particular*, 2 Vols., (Londres: Baldwin, Cradock y Joy, 1822), 466

El tercer grupo, el de D'Evereux, llegó a tener 2 mil soldados pero se dispersó casi sin haber cumplido sus compromisos. Esta Legión Irlandesa llegó recién había muerto English, y la insubordinación fue su nota casi permanente. En una carta del general criollo Molina leemos que,

.. las tropas irlandesas hace tiempo que están descontentas y se niegan a continuar hasta que se les paguen sus salarios. Les he explicado la imposibilidad de hacerlo allí y le he pedido ir y ocupar Santa Marta donde ellos serán recompensados. Este argumento no funcionó y ellos han amenazado con asaltar e incendiar Riohacha y desertar a donde los españoles, quienes según dicen les pagarán muy liberalmente⁵⁶.

En efecto, en Riohacha hubo un motín generalizado de los irlandeses y la tropa se apoderó de la ciudad y la incendió después de saquearla. Una vez dominado el motín, los irlandeses fueron enviados a Jamaica, de donde pasaron a Canadá y de allí a Irlanda o a los Estados Unidos. A pesar de la decepción por este rápido y violento fracaso, en junio de 1820 llegó otro contingente de 380 militares irlandeses al mando de los coroneles Power y Lyster, el cual se incorporó al ejército de Páez⁵⁷.

Al ejército de Páez, llamado de Occidente, habían sido enviados los soldados que pudieron llegar a Angostura, de las primeras expediciones de Hippiusley y Wilson, y posteriormente los soldados del contrato de Elsom, pues los de English permanecieron en Margarita para la desastrosa expedición del general Rafael Urdaneta sobre Cumaná.

Ya en marzo de 1817 Bolívar había puesto toda la fuerza extranjera bajo el mando de Rook. Esta se reconstituyó en los Dragones de la Guardia de Bolívar, la artillería bajo el mando del teniente coronel Thomas Ferriar y los dos Batallones de Rifles, el primero bajo las órdenes

del coronel Pigot (criollos y extranjeros) y el segundo bajo el mayor Mackintosh (ingleses y alemanes). En 1819 Rook dirigía todavía lo que ya entonces se conocía como la Legión Británica.

Las acciones de este grupo fueron importantes en las campañas de 1819, donde los ingleses combatieron más intensamente desde su llegada a América, especialmente en las batallas del Pantano de Vargas y del Puente de Boyacá. Cerca de 50 soldados de ese contingente murieron de hambre y frío en el paso de los Andes en la Campaña Libertadora, y en el Pantano de Vargas el coronel James Rook fue herido y murió después de ser sometido a un inadecuado tratamiento médico. Allí mismo se reportaba que «en la Legión Británica, las bajas fueron el teniente Casely, muerto, y el subteniente MacMunup y el capitán Daniel Florencio O'Leary, adjunto al Estado Mayor de la división de retaguardia, heridos».⁵⁸ En el puente de Boyacá, entre los 13 muertos y 53 heridos de la Batalla de Boyacá sólo se reporta herido un capitán Johnson⁵⁹. La exaltación de esta campaña particular por parte de los historiadores patrios, es quizás el origen de las apoloías más populares acerca de la participación de los ingleses en la guerra, y es quizás por ello que el tema de los extranjeros en la guerra se reduce a veces a las acciones de la llamada Legión Británica, que como hemos visto era uno más dentro de los muchos grupos de extranjeros que fueron contratados en el proceso.

Aun en esta campaña tan celebrada, el éxito de los escapes individuales motivó incluso a escuadrones enteros para huir a través de los bosques. En julio 24 de 1820, el historiador Restrepo reportó que había recibido información confidencial de que 800 soldados ingleses habían desertado de la columna del almirante Brion, debido a que no recibieron el pago que se les había prometido⁶⁰. Se temió incluso que la Legión Británica desertara en masa. No fue extraño entonces, observar una fuerte retaguardia de soldados nativos marchando detrás de las columnas con soldados

57 Cuervo, 397

58 M. Manrique, "Parte de la Batalla del Pantano de Vargas", Alturas de Vargas, 25 de julio de 1819, en Guillermo Hernández de Alba, compilador, *Cómo nació la República de Colombia*, (Bogotá: Banco de la República, 1965), 90

59 Carlos Soubllette, «Parte de la Batalla de Boyacá», Ventaquemada, 8 de agosto de 1819, en *Ibid.*, 96

60 José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, 4 Vols., (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Imprenta Nacional, 1954), 66

extranjeros, con órdenes de revisar los bosques en busca de desertores, capturarlos y forzarlos a regresar a sus columnas⁶¹.

El caso de los corsarios

Aunque el tema de los corsarios requiere un tratamiento más profundo, no dejaremos de mencionar brevemente la importancia de este grupo como recurso militar para los ejércitos criollos, especialmente por estar compuesto generalmente por individuos de origen extranjero, quienes más de una vez participaron en favor de uno u otro bando para definir importantes situaciones militares.

El corsario, en el derecho internacional de la época, era aquel que en caso de guerra entre dos Estados, se dedicaba, con autorización (carta de marca o patente de corso) de uno de éstos, a perseguir y capturar los barcos mercantes del otro. A diferencia de los piratas, los corsarios estaban obligados a prestar fianza al Estado que los aceptaba, para responder de las indemnizaciones que tuviera que pagar él, como autorizante, por los apresamientos injustos⁶².

En la práctica, el oficio de corso consistía en capturar un barco, llevarlo a puerto y allí vender su cargamento a manera de presa de guerra. Del producto obtenido, el corsario tomaba un porcentaje y el resto era para el gobierno que otorgaba la patente.

En América, los criollos conferían patentes de corso a empresarios privados a partir de 1817, o contrataban a los que ya tenían marca de otros países, como el famoso caso de los franceses Louis Aury y Vicente Duboille, pero la reglamentación, como es de imaginarse, era poco seria y primaba sobre todo la iniciativa personal.

A veces se intentó vincular a estos corsarios mercenarios a la marina colombiana pero, como en el caso de Aury, estas propues-

tas no fueron siempre atractivas para los aventureros. Cuando fueron atendidas, se hicieron con importantes concesiones como en los casos de Agustín Codazzi, Perú de Lacroix y Courtois (todos del grupo de Aury), quienes fueron recibidos con los grados que mantenían en su actividad corsaria y ascendidos inmediatamente para ser recibidos en el escalafón militar de Colombia. Incluso a Codazzi se le contaron los meses que había permanecido fuera del servicio durante un viaje a Europa⁶³.

También, más de un soldado inglés reclutado para los ejércitos regulares se vio tentado por la alternativa, como nos relata un cronista de la época: «mientras tanto se nos agregó el capitán Lane, que deseaba vivamente ver a Bolívar para rogarle que le diese una comisión de corsario pues la alegre vida de los corsarios de América había tentado al Capitán.»⁶⁴.

Bolívar condescendiente con los ingleses

Aunque los extranjeros habían participado en diferentes momentos en las campañas precursoras de Francisco Miranda y Antonio Nariño, especialmente los franceses, su participación más intensa se dio durante la etapa del liderazgo de Bolívar, para después caer en un alejamiento e incluso rechazo durante el período republicano, por temor a su potencial intervención en política.

En 1817 Bolívar se encontraba muy satisfecho con sus campañas de reclutamiento y su recepción a los oficiales que lograron llegar a Angostura fue entusiasta, según lo relata uno de los oficiales ingleses que se presentó ante el general en ese año: «después de haber comentado ligeramente las pocas comodidades que se encuentran en el servicio de Colombia, expresó su contento por ver por fin en su ejército a europeos que podrían disciplinar a sus tropas y ayudar a los oficiales bisoños con su instrucción y ejemplo»⁶⁵.

61 *Ibid.*, 122. Citando a Chesterton, Urdaneta y O'Leary.

62 Raimundo Rivas, *El corso y la piratería en Colombia*. En: Boletín de Historia y Antigüedades, 31, 142

63 Ortiz, 210

64 *Ibid.*, 21

65 Vawell, 70

Sin embargo, después de las primeras ilusiones, los problemas empezaron a hacerse cada vez más evidentes. Sin embargo, a pesar de las dificultades, Bolívar, conociendo el costo y la necesidad por los grupos contratados, demostró una gran deferencia por los soldados extranjeros.

Cuando no había desertiones, siempre quedaba la presión constante por el cumplimiento de los pagos. Un caso llamativo se presentó el 19 de enero de 1821, cuando Bolívar recibió una carta de los ingleses, en el siguiente tono:

Nosotros los ingleses que nos encontramos en esta Capital, aun sin conocer sus planes; nos regocijamos infinitamente si ellos progresan favorablemente. Señor, hemos estado muy enfermos desde que llegamos a esta ciudad. Los heridos son incurables. Nos encontramos sin ropas, desnudos y necesitados de dinero. Le imploramos su caridad, en el nombre de Dios, y esperamos que Usted nos envíe alivio de la manera que lo encuentre más conveniente, de manera que podamos vivir más confortablemente, por su gracia, divina piedad, y recompensa de gloria. Excúsenos por la molestia que le ocasionamos. Nuestros deseos porque la vida de nuestro Libertador sea feliz. (Firmado). Los Ingleses⁶⁶.

Este mecanismo de demanda tan diferente a las amenazas de desertión de otros meses, en un tono casi mendicante, produjo su efecto. y a su arribo a Bogotá, Bolívar ordenó darles ropas y que recibieran inmediatamente su pago completo, a pesar de que al resto del ejército solo se le pagó la mitad del salario⁶⁷.

En la misma línea de concesiones a los extranjeros, Florencio O'Leary, el famoso ede-

cán irlandés, aparece en los escritos de Bolívar mencionado frecuentemente por el problema de sus pagos atrasados. En carta a Santander, Bolívar escribía, «le recomiendo a Usted a O'Leary, mi edecán, que sirve mucho tiempo conmigo y siempre muy bien, para que le paguen su haber que aún no lo ha podido cobrar»⁶⁸; a lo que Santander respondía, «la (recomendación) de O'Leary no puedo despacharla, porque las leyes no permiten pagar haberes militares con los fondos de aduanas o del tesoro»⁶⁹; a lo que Bolívar insistía, «recuerdo a usted infinito a mi edecán O'Leary, a él se le debe su haber y si usted toma interés y que se le pague me hará un servicio»⁷⁰; y Santander se resistía, «O'Leary vuelve a hablarme de su haber militar, que como usted sabe no se paga sino con bienes nacionales, que ya no hay. Si es la intención de Usted que se le pague en dinero conforme lo permitan las circunstancias del erario, sería conveniente que usted, de oficio, lo indicase así al gobierno, pues sin tal indicación yo no me atrevo a hacerlo.»⁷¹ «¿Por qué no me hizo usted decir de oficio que usted deseaba que O'Leary recibiese su haber en dinero? Sólo así podría yo atreverme a hacerlo, pues una carta particular no es documento que pueda cubrir ni la responsabilidad legal, ni la moral del gobierno.»⁷² Y así van y vienen las cartas expresando las preferencias de Bolívar por los jefes británicos frente a los oficiales criollos y sus soldados.

Las prioridades de Bolívar frente a los miembros del ejército, cuando se presentaban intercambios de prisioneros, tampoco necesitaban mayores comentarios:

El ejército español, que defendía el partido del rey en la Nueva Granada, está todo en nues-

66 Hasbrouck, *Foreign legionaries*, 257

67 Charles Stuart Cochrane, *Journal of a residence and Travels in Colombia during the Years 1823 and 1824*, 2 Vols., (London: Henry Colburn, New Burlington St., 1825), 494

68 Carta de Bolívar a Santander. Cuzco, 21 de julio de 1825. En: Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la Muerte del General Francisco de Paula Santander, *Cartas Santander-Bolívar 1825-1826* (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1990), 22.

69 Carta de Santander a Bolívar. Bogotá, 21 de agosto de 1825. En: *Ibid.*, 34

70 Carta de Bolívar a Santander. Lima, 30 de mayo de 1826 en *Ibid.*, 209

71 Carta de Santander a Bolívar. Bogotá, 9 de diciembre de 1826. En: Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la Muerte del General Francisco de Paula Santander, *Cartas Santander-Bolívar 1826-1830* (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1990), 122.

72 Carta de Santander a Bolívar. Bogotá, 9 de marzo de 1827. En: *Ibid.*, 205.

tro poder por consecuencia de la gloriosa jornada de Boyacá. Propongo un canje de prisioneros para libertar al general Barreiro, y a toda su oficialidad y soldados....Pido en primer lugar la oficialidad y tropa inglesa tomada en Portobelo al general Gregor Mac Gregor. En segundo, la oficialidad y tropa prisioneros en Santa Marta y Cartagena. En tercero, la oficialidad y tropa independiente condenada a servir bajo las banderas españolas. En cuarto, los paisanos condenados a presidio por patriotas...⁷³.

Pero tanta condescendencia pronto se transformó en rechazo, en cuanto los líderes criollos avanzaron en la victoria militar. Y muy rápidamente, como veremos, se inició el proceso de revertir la tolerancia frente a los extranjeros para convertirla prácticamente en un rechazo oficial a su presencia.

Pero antes de continuar, recordemos brevemente qué posición mantenía el gobierno español frente a la creciente presencia de militares extranjeros durante las campañas de Independencia.

La actitud española

Desde el comienzo de las contrataciones, la corona española estuvo pendiente de las relaciones que se establecían entre los rebeldes americanos y los demás países europeos. Ya en las actividades de Miranda en Londres, para obtener una ayuda que nunca logró, el gobierno español mantenía la vigilancia permanente sobre él y sus amigos sospechosos. Por ese medio siguió y persiguió a Miranda, no solamente durante su permanencia en Londres, sino en sus viajes, como sucedió en Rusia y en Holanda⁷⁴.

En 1817, cuando se organizaba una de las expediciones mercenarias desde Inglaterra

de manera abierta, con publicidad en la prensa y otros medios públicos, la reacción española fue inmediata: el embajador de España en Londres, duque de San Carlos, escribió una carta oficial al secretario de Relaciones Exteriores, lord Castlereagh, solicitando la intervención del gobierno inglés para que prohibiera el enganche de soldados y detuviera el embarque de las expediciones, así como la exportación de armas y municiones⁷⁵.

Aunque al principio el Ministerio de Guerra inglés no prestó mucha atención a estas quejas, en octubre de 1817 dispuso que "antes de pagar a los oficiales que estaban a media paga para participar en las expediciones a América, declararan que no estaban ocupados en ningún empleo de Su Majestad Británica, ni al servicio de ningún Gobierno extranjero", y el 17 de noviembre de 1817, el regente dio una proclama, poco efectiva sin duda, por la que prohibía a todos los súbditos británicos que tomaran parte en la lucha entre España y sus provincias americanas⁷⁶. Estas medidas no fueron ni aplicadas ni atendidas en serio, y las expediciones siguieron arreglándose, tanto en la Gran Bretaña como en Bruselas y Alemania.

Las quejas españolas continuaron hasta que en 1819 el Parlamento aprobó el Foreign Enlistment Bill para detener el auxilio activo que súbditos británicos estaban dando a los rebeldes americanos. Esta medida obedecía además a los temores ante una nueva armada que España preparaba en Cádiz, y a la posibilidad de que los Estados Unidos reconocieran los nuevos Estados Americanos, en favor de la descolonización europea⁷⁷.

En el terreno, los españoles sufrían dificultades parecidas a las de los criollos para mantener ejércitos estables y funcionales, dado que en la mayor parte de sus cuerpos una importante proporción era nativa de América⁷⁸.

73 Oficio de Bolívar al general español Sámano. Santafé 9 de septiembre de 1819. Luis Horacio López D., compilador, *De Boyacá a Cúcuta. Memoria administrativa 1819-1821* (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1990), 28

74 Cuervo, 353

75 Cuervo, 355

76 Cuervo, 355

77 Ibid

La coacción era un mecanismo muy utilizado, pero al igual que en el caso criollo, no era suficientemente efectivo:

*la adjunta noticia es de los individuos que han sido aprehendidos por las columnas de operaciones, unos en territorios ocupados por los rebeldes y otros por conducirles víveres... por estas razones de dispuesto. Si vuestra excelencia lo tiene a bien, se trasladen la plaza de Cartagena y sirvan de soldados en el batallón ligero de la Albuera, o en donde vuestra excelencia tenga por conveniente*⁷⁹.

Muy pronto los españoles buscaron alternativas en los soldados extranjeros y en negociar, especialmente con los ingleses, cada vez que lo consideraban necesario. En 1819, el comandante en jefe de los españoles, Pablo Morillo, imprimió una proclama en inglés, la cual fue distribuida entre los soldados británicos, invitándolos a desertar y unirse a los ejércitos españoles. Inducidos por esta proclama, se supo de entre 30 y 40 soldados ingleses que desertaron con la intención de unirse a los españoles. De los cinco vueltos a capturar, uno fue muerto en el intento de escape, los otros cuatro fueron enjuiciados en una corte marcial y dos de ellos fusilados. Unos días después, se recibió información de que todos los que habían escapado, excepto ocho de ellos, fueron capturados por un grupo de criollos comandados por el coronel Montes, y que todos habían sido masacrados⁸⁰.

Al tratar los españoles de atraer a sus filas a los ingleses que ya habían sido traídos a América por los criollos, ahorraban costos y podían proponer una mejor oferta a los ingleses que los criollos. Esta estrategia, como observamos, dio sus frutos en más de una ocasión.

No hay que olvidar que, como decía Bolívar, la política de la guerra era “paz a la nación española y guerra de exterminio a su Gobierno actual”⁸¹. Y por eso no resulta extraño que con esta retórica Bolívar atrajera elementos españoles para luchar a su lado.

Por ejemplo, desde Londres, el teniente general Mariano Renobales fue contratado en 1818 para atraer «el mayor número posible de militares españoles que quieran adoptar una nueva patria libre en el hemisferio americano» pues... «nada es tan precioso para nosotros como la adquisición de militares expertos y experimentados, acostumbrados a nuestros usos, e iguales a nosotros en lengua y religión».⁸² Aunque Renobales probablemente varió su itinerario y terminó alistándose para una expedición similar para México, otros españoles independientes como Cortés tuvieron notable presencia en las luchas criollas.

En cuanto a relaciones comerciales, los ingleses eran tan buenos proveedores para los españoles como cualquiera otro. Un despacho oficial de los españoles en 1819 explicaba que “para armar el regimiento de caballería Dragones de Granada se sirvió vuestra excelencia (el Virrey) ordenar se celebrase contrata con el gobernador inglés de las islas de Jamaica o con negociantes de la misma para conseguir 600 carabinas y otras tantas pistolas; pero no ha sido posible conseguir este armamento por no haberlo en Jamaica”⁸³. Finalmente los españoles consiguieron su pedido y “consecuente a orden del excelentísimo señor Virrey del Reino de fecha 13 del corriente que se me ha comunicado, se remite lo siguiente: 81 pistolas inglesas de calibre de 56, y 482 pistolas inglesas del calibre de a ocho”⁸⁴.

También se evidencia la normalidad de las relaciones comerciales con los ingleses, cuando se discutían ofertas para proveer de lana a los ejércitos españoles:

78 Por ejemplo, el batallón ligero de Victoria, constaba de 1200 plazas, y entre ellas sólo 500 eran europeos. Carta de José María Barreiro al Virrey Juan Sámano. Tunja, 6 de enero de 1819. Fray Alberto Lee López, compilador, *Los ejércitos del rey 1818-1819* (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1989), 141

79 Carta de Barreiro al Virrey Sámano. Tunja 11 de febrero de 1819. *Ibid.*, 238

80 *Ibidem*

81 Carta de Bolívar a López Méndez. Junio 12 de 1818. *Cartas del Libertador*, citado por Cuervo, 369

82 *Ibid*

83 Carta de José María Barreiro al Virrey del Reino. Tunja, 6 d enero de 1819. *Ibid.*, 143

84 Oficio de Juan Carcaño del Real Cuerpo de Artillería al Virrey Sámano. Santafé, 25 de enero 1819. 207

el comandante general de la tercera división hace presente a vuestra excelencia que todos los cuerpos de la división de su mando le han insinuado la necesidad que tienen del vestuario de lana y que como en esto se emplea una gran cantidad de dinero, tomándolo entre los ingleses, ya que estos venden a más de muy caro de mala calidad, solicito a vuestra excelencia para que dada la orden a Quito se traigan del que llaman de cortes, como también jergas para mantas... y además dará que la utilidad resulte en gentes del reino y no en los extranjeros.⁸⁵

Las presiones españolas, atendidas por los ingleses cada vez con más contundencia, sumadas a las dificultades de los empréstitos, ocasionaron una caída en el enganche de mercenarios extranjeros hacia 1819. Por fortuna para los criollos, ese fue el momento en el que se definió el proceso militar en su favor, y a partir de la consolidación de la independencia política, la antes abierta y ansiosa actitud hacia estos soldados se convirtió en cansancio e incluso en medidas de control y rechazo a la presencia de aquellos, especialmente cuando muchos estaban involucrados activamente en la política de los nacientes Estados.

La presencia francesa

Ya desde mediados del siglo XVIII, independentistas mejicanos buscaban la ayuda de Francia para la independencia de la Nueva España. Chile obtuvo el envío de oficiales probados en el ejército de Napoleón, entre ellos el general Enrique Brayer y los capitanes Brandzen, Beaucheff y Viel. Y en 1811, los comisionados de la Junta Suprema de Caracas creyeron del caso solicitar del ministro plenipotenciario francés, Serurier, ante el gobierno de los Estados Unidos, el establecimiento de relaciones con Francia, primero que con ninguna otra potencia⁸⁶.

La participación activa de soldados franceses tuvo dos momentos importantes. El pri-

mero se remonta a la época de las luchas lideradas por Francisco Miranda y Antonio Nariño, el segundo a la época de Bolívar siendo más notoria su participación en el primer período. Aunque los conflictos políticos de la época en Europa, la defensa de la revolución dentro y fuera de Francia, los cambios de régimen y hasta las alianzas del borbón Luis XVIII con el borbón español, no permitieron una presencia oficial de Francia en las guerras de independencia en Latinoamérica, la presencia de soldados franceses fue notoria en los ejércitos independentistas.

A diferencia de los ingleses, los franceses no respondieron a campañas masivas de reclutamiento, y más bien se involucraron desde dos situaciones: con su presencia numerosa como residentes en asentamientos americanos, y a través de los contactos que agentes criollos mantenían en las islas del Caribe y de los Estados Unidos, donde muchos franceses fueron atraídos hacia los ejércitos americanos.

Huyendo del imperio unos, desterrados otros, su paso de las colonias francesas a la Nueva Granada, especialmente, fue una oportunidad más para reiniciar su carrera militar e incluso hacer fortuna en las ricas colonias hispanoamericanas.

Dentro de los residentes más famosos estaba Luis Girardot, dueño de la mina del Zancudo en Antioquia, quien ofreció sus servicios a la Junta de Gobierno de 1810, y sus dos hijos Atanasio y Pedro, quienes sirvieron en los ejércitos americanos. Este tipo de extranjeros no se vincularon necesariamente como soldados pagos, ya que tenían otro tipo de intereses, que eventualmente coincidían con el proyecto criollo, cada vez más hegemónico en los territorios donde vivían. En 1811, Luis Girardot fue capitán en el batallón Patriotas de la Defensa y al año siguiente Nariño lo había enviado en una expedición militar a Honda para la defensa fluvial del río Magdalena. En 1816, su familia fue desterrada por Morillo y su nombre figura, con el título de coronel, en la *Relación de los indivi-*

85 Carta de Barreiro al Virrey Juan Sámano. Tunja 11 de enero, de 1819. *Ibid.*, 167

86 Sergio Elías Ortiz, *Franceses en la independencia de la Gran Colombia* (Bogotá: Editorial ABC, 1971), 12 citando a Carlos Villanueva, *Napoleón y la independencia de América*, 47, menciona la mediación del Marqués de Aubarède y del caballero Durand.

duos que se deben perseguir hasta conseguir prenderlos, firmada por Pablo Morillo. Girardot fue asesinado por dos bandidos que trataban de robarle su oro en las riberas del Orinoco, en 1816.

Otro famoso residente fue el médico Luis de Rieux, quien formuló importantes planes para desarrollo hospitalario y colaboró en 1790 en una misión botánica para estudiar las especies de quina y plantas industriales en el río Magdalena y en la provincia de Quito.⁸⁷ Los españoles lo acusaron más tarde de "pervertir con su trato y continua comunicación a Antonio Nariño", y en 1811 ingresó al ejército republicano como comandante del destacamento de Simití. En 1813 ya era capitán y participó en la guerra civil entre centralistas y federalistas, como coronel al lado de Nariño. En 1822 era jefe del estado mayor de la división que asediaba Cartagena, en 1824 fue elegido senador de la República y en 1825 fue nombrado intendente de Zulía. En 1830 fue nombrado ministro de Guerra de la administración de Joaquín Mosquera y diputado a la Asamblea Constituyente en 1831. Siguió ocupando cargos públicos hasta 1838 y falleció en 1840.

El papel de los corsarios franceses, más cercanos a la figura de los mercenarios, fue igualmente importante e incluso varios de ellos participaron en la sublevación de Maracaibo del 19 de mayo de 1799, donde fueron apresados tres barcos franceses comandados por Jean Gaspar y Auguste Bosé, José Román y Francisco Mequiet, y donde fueron apresados además los marinos Antonio Duplexis, Miguel Labat, Juan Baptista Aimet y Juan María Gautier, algunos de los cuales todavía seguían presos en 1806, cuando el embajador de Francia en España continuaba indagando por ellos⁸⁸.

El reclutamiento de la primera etapa comenzó con la venida de Miranda a Venezuela en 1811. La mayoría de los militares reclutados estaban ya en los Estados Unidos o en las Antillas. En 1812, Miranda formó un cuerpo compuesto sólo de franceses que se puso

a órdenes del coronel J. Du Cayla, quien llegó a Venezuela en 1811, seguramente comprometido por Miranda desde Francia⁸⁹. En este grupo se incorporaron conocidos militares como Labatut, Chatillon, Lemer, Schambourg y Dufour, quienes más tarde actuarían con los ejércitos de la Nueva Granada en la segunda etapa de la lucha independentista.

De estos franceses, seis firmaron un pacto de guerra a muerte concebido por el criollo Antonio Nicolás Briceño, una de cuyas cláusulas decía: "se considera ser un mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el ejército, el presentar un número de cabeza de españoles europeos, incluso los isleños; y así el soldado que presentase veinte cabezas de dichos españoles será ascendido a alférez vivo y efectivo; el que presentare treinta a teniente; el que cincuenta, a capitán". Firmaron Antoine Rodrigo, *capitaine* carabiniers; Joseph Debraine, Louis Marquis, lieutenant de cavallerie; George H. Delon, B. Henriquez, L. Caz...⁹⁰.

Dentro de los soldados aventureros, uno de los más conocidos fue Pedro Labatut. Antes de venir a América había figurado como sargento del 46 Regimiento de Infantería y es posible que haya llegado al grado de capitán de la Guardia Imperial. Buscando nuevos horizontes en su carrera militar, migró a las Antillas y de allí ingresó por intermedio de Miranda al ejército independiente, con el grado de capitán, en 1811. Huyendo después del fracaso de Miranda, solicitó un puesto en las milicias de Cartagena y se le ofreció mando en calidad de coronel.

En esta región obtuvo innumerables éxitos militares al mando de tropas criollas, y bajo su mando sirvió Simón Bolívar, quien desobediendo a Labatut desarrolló varias campañas triunfantes. Mientras, Labatut tuvo innumerables dificultades y cometió atropellos en la consolidación del control criollo sobre Santa Marta y recibió una fuerte resistencia de los indígenas de la región. En 1814 fue colocado como comandante de las fuerzas de tierra de

87 Oficio del Virrey don José de Ezpeleta a don Luis de Rieux para una comisión de botánica. Mayo de 1790. Archivo Nacional, Virreyes, T.XIV, citado por Ortiz, 87

88 Ortiz, p. 15 citando el Archivo General de Indias, Estado, Legajo 706

89 Baralt y Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*, citado por Ortiz, 16

90 Juan Vicente González, *Biografía del general José Félix Rivas*, citado por Ortiz, 17

Cartagena, pero fue destituido poco después por algunas medidas arbitrarias que impuso.

Después de varias diferencias con el presidente Rodríguez Torices, Labatut fue desterrado sin recibir ninguna recompensa, ni siquiera sus haberes militares. Se dirigió entonces a las Antillas, y luego regresó a Francia. Allí no pudo conseguir un puesto en el servicio militar, y finalmente logró hacerlo en Brasil en donde fue nombrado brigadier, en 1822⁹¹.

Del grupo atraído por Miranda, vale la pena incluir también a Louis Bernard Chatillon, quien llegó en 1811 como oficial del estado mayor del ejército independiente. Al poco tiempo, Chatillon estaba envuelto en política y fue parte de la Junta de Oficiales Superiores que se reunió en 1812 a deliberar sobre la suerte de Miranda. En 1813 fue encargado, en reemplazo de Labatut, de la toma de Santa Marta, donde fue derrotado y murió junto con la mayoría de los oficiales criollos que lo acompañaban.

Entre 1812 y 1813, igualmente, Agustín Gutiérrez Moreno fue comisionado por el gobierno de la provincia de Cartagena para que fuese a las Antillas en busca "de víveres, elementos de guerra y hombres de tropa, así como expedir patentes de corso para luchar contra los corsarios de Santa Marta". En la isla de San Bartolomé, Gutiérrez "repartió once patentes de corso que en breve quitaron muchas fuerzas a los de Santa Marta, e hicieron ingresar a Cartagena más de 40.000 pesos. Celebró, además, una contrata de fusiles, y logró reclutar cerca de cien hombres; pero a última hora se le desertó el mayor número, quedándole sólo treinta, con los cuales largó las velas el 24 de marzo de 1813"⁹².

En esta expedición llegó uno de los más famosos franceses, el teniente coronel Manuel Roergas de Serviez, aunque según algunas versiones pudo haber venido antes desde Estados Unidos para las campañas de 1811 y 1812, acompañando a Miranda. Serviez había servi-

do en el ejército italiano desde 1796, y es posible que haya servido en los ejércitos de Inglaterra y de Rusia también. Antes de venir a América sirvió en los ejércitos de Napoleón. Enamorado de la esposa de un general francés llegó a Norteamérica y de allí pasó a Venezuela⁹³.

Serviez se dirigió a Popayán, cuyo gobierno había pedido "un oficial inteligente para disciplinar las tropas". Serviez se comportó con la dureza anhelada por los criollos para disciplinar a sus ejércitos, como lo comenta un observador de la época: "este jefe aguerrido en Europa, acostumbrado a la autoridad y a la disciplina militar, empezó a hacerse conocer por rasgos tan severos y temerarios que a no haber sido por las circunstancias críticas en que nos hallábamos...no habría tenido dos días de mando....pasaba las noches rondando las guardias.. dando sorpresas a los centinelas, en términos que llegó el caso de arrojar sobre uno, desarmarlo y matarlo...porque no le había dado el ¿quién vive? a tiempo"⁹⁴.

El español José Cortés Campomanes, el otro jefe extranjero en esta época, y Serviez eran duros en el trato con los oficiales granadinos y las críticas les acarrearón la mala voluntad de algunos, e incluso el disgusto del general Nariño. Las intrigas llegaron hasta el punto que estos fueron comprometidos en una conjuración contra el jefe del ejército, en 1814, de la que fueron exonerados, pero que demostró la poca aceptación que tenía Serviez ante sus colegas. Con todo, el 7 de marzo de 1816, Serviez fue nombrado general de brigada y puesto al mando de todas las fuerzas de resistencia, ante el empuje de las tropas veteranas de Morillo. Muchos patriotas no aprobaron su elección y hubieran querido que recayera en algún oficial americano⁹⁵.

Serviez fue asesinado pocos meses después, en oscuras circunstancias, por cuatro hombres que lo atacaron en la noche. En el año

91 Ortiz, 109

92 Ignacio Gutiérrez Ponce, *Vida de don Ignacio Gutiérrez Vergara*, citado por Ortiz, p. 27

93 Nicolás García Samudio, *Las memorias del general Serviez*. En: Boletín de Historia y Antigüedades 8 (1912) 160-170, 162

94 José Hilario López, *Memorias*, citado por Ortiz, 30

95 José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, citado por Ortiz, 50

de 1830, los hermanos Edmundo y Alfredo Serviez elevaron un memorial al presidente de la República de Colombia, en demanda de alguna recompensa por los servicios prestados al país por su progenitor, pero la demanda no fue atendida, dada la estrechez de los presupuestos abrumados por los empréstitos extranjeros.⁹⁶

En 1812 llegó al país Carlos Alejandro Bobin, quien sirvió como capitán ayudante bajo Serviez, y como era costumbre se le reconoció un grado más del que decía traer de Europa al incorporarse a los ejércitos americanos. Luchando al lado de Nariño fue fusilado en Pasto en 1814, por haber violado a una joven indígena en Juanambú.

Antonio Bailly, coronel de ingenieros, contratado en 1811 en Estados Unidos por Pedro de la Lastra y Nicolás Mauricio de Omaña, comisionados por la Junta Suprema de Santafé para montar una fábrica de pólvora y dos imprentas, así como para examinar un cargamento de 1400 fusiles comprados en Baltimore, tomó bando en la política interior a favor de Nariño con quien estrechó una gran amistad, con importantes influencias mutuas que van desde el matrimonio de Bailly hasta varias medidas adoptadas por Nariño gracias a la influencia del francés. En 1813 fue un oficial importante en la defensa de Bogotá contra las fuerzas federalistas, y fue asesinado un poco después por un joven esclavo suyo a quien pretendía castigar⁹⁷.

De Froes, otro francés militar y médico, al lado de Nariño desde 1810, fue elegido senador de Colombia en 1820 y residió en Bogotá hasta 1840.

La mayoría de estos soldados profesionales tuvieron un fin poco heroico, a veces emboscados por bandidos, muertos en reyertas domésticas, procesados por sus crímenes, otras veces exiliados o repatriados por sus diferencias políticas.

El inicio de la era de Bolívar tuvo una gran presencia de militares franceses. En particular en su famosa expedición de los Cayos en 1816, en la cual Bolívar se constituyó en el jefe único de la expedición sobre Venezuela.

Uno de estos franceses fue Louis Ducoudray, autor de *Memoirs of Simon Bolívar*, quien había servido como capitán de los ejércitos napoleónicos. Emigrado a América por contratación de un agente venezolano de reclutamientos, se unió a la escuadrilla corsaria de Aury en compañía de su camarada, el coronel español José Cortes. En Venezuela se puso a órdenes de Miranda hasta cuando con la capitulación de éste, Ducoudray y los demás extranjeros al servicio de Venezuela, entre ellos Cortés y Schambourg, este último famoso por sus disputas con Nariño y por el escándalo en el que involucró a Serviez y a Cortés, salieron del país poniéndose al servicio de la provincia de Cartagena en la Nueva Granada. Desde 1814, Ducoudray tomó servicio en la plaza de Cartagena de Indias hasta 1815, cuando Morillo retomó la ciudad. Allí el gobierno de Cartagena le reconoció el título de teniente coronel.

Otro francés muy conocido, por ser el autor del *Diario de Bucaramanga*, uno de los textos clásicos de la literatura independentista, fue Perú de Lacroix quien para 1814 dejó Francia por temor a los Borbones, habiendo servido como espía de Napoleón en Inglaterra. Viajó a las Indias Occidentales, donde se reunió con su compatriota el comodoro corsario Luis Aury, quien lo nombró mayor general y secretario privado.

En 1816, Perú de Lacroix era un oficial incorporado al grupo de venezolanos y granadinos que las catástrofes políticas había arrojado a las Antillas. Muerto Aury, en 1821, de Lacroix indujo a Courtois, su sucesor en el mando de la expedición corsaria, a desembarcar en Cartagena y tomar parte en la Revolución de Colombia. En 1823, la flotilla privada de Courtois se incorporó a la marina nacional de Colombia. Para fines de aquel año de Lacroix servía en el Estado Mayor del Ejército Libertador. En 1828 era Coronel y acompañó al Libertador durante su permanencia en Bucaramanga hasta la disolución de la Gran Convención de Ocaña. En esta época tomó las notas para redactar más tarde su famoso libro. En 1829 fue comandante general del departamento de

96 Ortiz, 74

97 Ortiz, 137

Boyacá, y sólo después de la muerte de Bolívar ascendió a general. Desterrado y en la miseria, se suicidó en París en 1837.

Gracias a su trabajo como mercenarios, y ocasionalmente, algunos soldados franceses de menor rango obtuvieron empleos estables. Tal es el caso de Roman Chompre, quien habiendo perdido un brazo en las campañas de 1817 y 1818, se convirtió en guarda mayor del puerto de Angostura como "premio a su heroica conducta". Recibía 30 pesos de dotación y mantuvo su puesto hasta su muerte. En 1822 había logrado recibir 50 pesos de dotación y afirmarse como jefe absoluto de la aduana.

Los conflictos con los extranjeros. La intervención en política

Los problemas en la relación con los soldados extranjeros no se expresaron solamente en términos de la administración y el control militar de los contingentes; también se registraron importantes choques entre oficiales, debido a diferencias de opinión política, ya que en más de una ocasión los oficiales ingleses participaron abiertamente en política ocasionando nuevas tensiones con los nativos.

Incluso, una vez terminada la guerra, varios de los extranjeros fueron promovidos a funcionarios oficiales del gobierno. Esto sucedió al tiempo que las leyes republicanas trataban de controlar e incluso prohibir las fuerzas mercenarias que con tanta dedicación habían buscado durante los años de la guerra.

Las primeras dificultades se dieron con los coroneles líderes de los primeros contingentes. Desde su llegada a América, Hippiisley le escribía a Bolívar quejándose de las contrariedades y dificultades que estaba sufriendo, y exigía el reconocimiento de su antigüedad antes de la fecha acordada en su contrato. A su llegada a Angostura fue destinado al ejército de Páez, y desde allí seguía quejándose continuamente ante Bolívar. Después de una desavenen-

cia con el coronel Wilson, se retiró de San Fernando, la plaza que le había sido asignada, y regresó a Angostura desde donde siguió demandando atención de Bolívar hasta cuando éste le concedió, el 19 de junio de 1818, "licencia y pasaporte para que se retire del Ejército, siempre que haga dimisión de su empleo y renuncie a las estipulaciones del contrato". Finalmente regresó a Inglaterra y allí demandó a López Méndez por la suma que se le quedó adeudando y lo hizo reducir a prisión⁹⁸.

El coronel Wilson, quien reemplazó a Hippiisley en San Fernando, fue todavía más beligerante e intervino activamente en comprometer a los jefes del ejército de Apure para que proclamaran a Páez capitán general, negando la obediencia de su rival, Bolívar. Con la persuasión de Wilson, aquellos jefes firmaron un acta acerca de dichos propósitos. Bolívar, hábilmente, conjuró dicha oposición y logró aislar a Wilson, expulsándolo del país. A su regreso a Inglaterra Wilson, como lo había hecho Hippiisley, recrudesció los ataques contra López Méndez y contra Bolívar.

Las dificultades con estos coroneles descontentos alimentaron en la posguerra una literatura nacionalista de tono negativo y moralista frente a los extranjeros y la referencia a estos personajes se hizo a menudo en términos como los que siguen:

Ingleses como Hippiisley, quien fue expulsado del ejército americano; espías del gobierno español, como aquel Wilson que indujo a Páez en 1818 a declararse por unas horas jefe supremo; o prófugos de las filas independientes, como algunos irlandeses de los que se sublevaron al general Mariano Montilla y huyeron a las Antillas; o simplemente el número de los que buscaban más dinero que gloria, sujetos que no peleaban sino cuando cobraban.. y de los cuales dijo Bolívar que se parecían a las prostitutas en que no sirven sino después del cohecho⁹⁹.

98 Cuervo, 363

99 Rufino Blanco Fombona, Madrid, 1916, en su prólogo a: Richard Vawell, *Memorias de un oficial de la Legión Británica* (Bogotá: Banco Popular, 1974).

También desde el comienzo, los celos y las competencias entre criollos y extranjeros se hicieron presentes pues no siempre se entendieron los oficiales contratados con los americanos. Igualmente, se suscitaron muchos resentimientos por la dureza de jefes veteranos de que hacían gala algunos extranjeros, por un lado, y por el carácter de guerreros improvisados sin la disciplina de cuartel, de los reclutas americanos, por otro. Hasta se llegaba a afirmar que chocaba a los nativos que los “advenedizos” hablasen en su lengua nativa¹⁰⁰.

Al primer grupo inglés parecía sorprenderle mucho que a su llegada,

los oficiales llaneros que nos acompañaban... nos preguntaron en seguida muy solemnemente nuestro nombre, nuestra religión, nuestro país, y muy en particular los motivos que nos habían traído a la América del Sur. Era ostensible que no podían persuadirse de que la curiosidad fuese suficiente para decidirse a ir a un país trastornado por la guerra; no creían que nuestro viaje tuviese sólo por objeto ayudarles en la lucha que sostenían.... Los unos nos preguntaban maliciosamente si teníamos ganados en Inglaterra, y si la penuria no era la causa real de nuestra emigración; otros, políticos más profundos todavía, dilucidaban audazmente la cuestión haciendo observar que España e Inglaterra eran antiguas enemigas; que aun cuando los gobiernos de estos dos países estuvieran en paz los individuos no tomaban nota de estas relaciones, y persistían en un odio tanto tiempo contenido...¹⁰¹

Los nativos miraban con una mezcla de rivalidad y desprecio a los recién llegados, vestidos con brillantes uniformes, pero que no sabían domar un potro, colear un novillo, ni atravesar a nado un río caudaloso, como ellos lo hacían. Incluso altos oficiales como Santander se quejaban con amargura de que “Gregor manda en jefe, y yo en segundo lugar, pero mi desti-

no por sistema mío está reducido a oír, callar y ejecutar. En nada quiero mezclarme, y aunque él me hace el honor de llamarme para entrar en consulta, yo a todo le digo bueno, bueno, bueno. Si el demonio se lleva esto, que se lo lleve sin acuerdo mío, y si no, que uno solo se lleve las glorias...”¹⁰².

El tono para referirse a los extranjeros resultaba a menudo explícitamente agresivo, como en el caso del cronista José María Caballero quien al referirse a la llegada del francés Serviez a Santafé, en mayo de 1813, escribía que “entró un francés descarriado, quién sabe de dónde lo vomitó Satanás; aventureros mendigos que vienen así para después mandarnos”¹⁰³.

No fueron, sin embargo, el incumplimiento de las promesas, la decepción ante la imposibilidad de un enriquecimiento rápido o los roces con los oficiales criollos, las únicas causas de las dificultades de los extranjeros en la guerra. También pareció afectarlos mucho la hostilidad cotidiana de muchos nativos ante los extranjeros o, por los menos, su falta de confianza en estos. En los sectores populares muchos americanos no habían estado en contacto con extranjeros que hablaban otra lengua y ese sólo elemento sirvió en algunos casos para fortalecer una imagen de inferioridad de los extranjeros, como relata un viajero de la época en su encuentro con una familia americana:

.. después de un infructuoso intento de la buena dama por hacerse entender, y después de que ella había intentado en vano comprender mis intentos, ella llamó a uno de sus hijos y con maternal satisfacción procedió a vencerme de que aún el podía hablar a pesar de lo pequeño que era. Poco después, al verme tomar una cuchara, le dio una mirada de aprobación a otra persona presente, y dijo: ¡Sabe usarla! y se sintió mucho más tranquila al descubrir que no era tan tonto como ella me había imaginado¹⁰⁴.

100 Ortiz, 123

101 Vawell, 71

102 Carta de Francisco de Paula Santander a Manuel del Castillo. Pamplona, 8 de diciembre de 1813. Andrés Montaña, (compilador), *Santander y los ejércitos patriotas 1811-1819* (Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1989), 64

103 Caballero, *Libro de varias noticias que han sucedido en esta capital de Santafé de Bogotá*, citado por Ortiz, 28

104 Richard Bache (An Officer of the Unites States' Army), *Notes on colombia taken in the years 1822-3. With an itinerary of the route from Caracas to Bogotá and an appendix* (Chestnut Street: H.C. Carey and I. Lea, 1827), , 134

En otras ocasiones, algunos ingleses fueron insultados por los nativos, quienes creían que eran esclavos adquiridos a cambio de cueros, pieles y sebo, fantaseando que las tropas habían sido enviadas desde Inglaterra a cambio de mulas y bueyes exportados desde Venezuela.

Los extranjeros no dejaban de sorprenderse de ciertas displicencias mostradas por los nativos y a veces aludían a informes racistas para explicarlas:

.. en Valencia estaba sentado en la mesa al lado de un oficial negro del ejército. Pero lo que hacía la circunstancia más singular a mis ojos es que un inglés, un hombre blanco, el mesero de uno de los oficiales, estaba sirviéndonos... Sus hermanos oficiales (del negro) parecían complacerse en celebrar su galantería y lo efectivo de sus servicios... Él parecía poseer un sonado y de alguna manera cultivado entendimiento y una mente bien puesta. Aquellos que nunca han visto a la raza africana, excepto en los Estados Unidos, donde se encuentran idiotizados por la ignorancia y la degradación, nunca podrían pensar en la asociación con ellos, excepto con sentimientos de disgusto¹⁰⁵.

Otros extranjeros lograron una mejor adaptación al medio americano. Este fue el caso de Francis May, quien llegó a Colombia en enero de 1820 a ayudar en la guerra. Un año antes, cuando era oficial de media paga en el ejército británico, se había enrolado en la Legión Irlandesa del general John D'Evereux, como intendente del ejército. Aparentemente se unió a D'Evereux en Inglaterra y viajó con él a Dublín, donde publicó *Un llamamiento a la nación irlandesa, sobre el carácter y conducta del general D'Evereux*, demostrando desde entonces su polémico carácter. Hall arribó a la costa colombiana, cerca de Barranquilla, con una carta de presentación de Jeremy Bentham para Simón Bolívar, e informó luego a su famoso mentor que había sido "acogido amablemente" por el Libertador¹⁰⁶.

Una vez iniciada la vida republicana, Hall, fiel discípulo de Bentham, se destacó como político liberal y federalista, crítico acérrimo del régimen centralista de la Nueva Granada, y después de las guerras de Independencia intentó, en sus famosas memorias, inducir migraciones de europeos a la costa colombiana, una región donde él había peleado durante los últimos años de la guerra de Independencia¹⁰⁷.

D'Evereux mismo fue nombrado por Santander enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca. El coronel Belford Wilson, ayuda de campo del general Bolívar, cónsul general del Perú en la década de 1830. El irlandés coronel Murria, gobernador de la provincia de Vélez en 1837; y así hubo varios casos más.

Sin embargo, a pesar de éstas y otras excepciones, a partir del fin de la guerra los criollos comenzaron a fortalecer un discurso de exclusión de los militares extranjeros. Para ello, muchas veces se basaron en los conflictos que se presentaron con individuos de las tropas contratadas: "Hipisley (padre e hijo), Hackett, Brown, Chesterton, fueron individuos que vinieron sin ideales serios, sino por cosas de poco momento y sirvieron más bien de estorbo con sus peleas, reclamaciones, quejas, etc., antes que como elementos útiles en una empresa de tanta responsabilidad."¹⁰⁸ y en otro comunicado se advertía que:

.. el general Santander, ..presidente de la Nueva Granada, me avisó.. que si el coronel Campbell, secretario de la Legación en Colombia, regresaba a cualquiera de los Estados suramericanos, no sería recibido, dando como razón que aquel había tomado decidida e indecorosa parte en la política de aquellos Estados y aun alentado la persecución del partido constitucional; y hasta tanto permaneciera vinculado a la Misión en Colombia, él consideraría este hecho como estímulo y participación directos de parte del gobierno de

105 *Ibid.*, 141

106 Sowell, *Santander y la opinión angloamericana*, xiv

107 Sowell, *Santander y la opinión angloamericana*, xiii

108 Hasbrouck, 371

su majestad en sus principios. El general Santander también me señaló que si el coronel o cualquiera de los edecanes del general Bolívar regresaba a Colombia o a cualquiera de los Estados de Sur América, él o ellos no llevarían nada favorable a los intereses británicos, y no serían recibidos¹⁰⁹.

Las variables económica y militar que definieron la gran atracción de los mercenarios se debilitaron al terminar la guerra, y es así como se evidencia que el afán por obtener la consecuencia de los soldados extranjeros desaparece inmediatamente después de lograda la victoria militar. Con excesiva rapidez, el nuevo gobierno retaba la prohibición de incorporar extranjeros al ejército y sólo toleraba la presencia de aquellos que según su compromiso político resultaban útiles para articularse con las nuevas realidades diplomáticas del neocolonialismo:

Considerando su excelencia el Libertador presidente, que las fuerzas militares de la República no necesitan por ahora nuevos refuerzos, y que los que vienen de los países extranjeros, además de ser extremadamente gravosos por los costos de su transporte y habilitación, sufren enormes pérdidas por efecto del clima, ha tenido a bien decretar:

Artículo 1. Que no se admitan en adelante nuevas tropas ni oficiales extranjeros al servicio de la República.

Artículo 2. Que a los oficiales que hayan venido hasta ahora a tomar servicio y no hayan sido admitidos todavía por su excelencia, no se les dé si su graduación fuere superior a la de teniente coronel que es la mayor en que las facultades de su excelencia le permiten admitirlos.

Artículo 3. Que haga vuestra excelencia publicar en el Correo del Orinoco esta declaración y que se comuniquen a nuestros agentes y enviados en los países extranjeros, para que les sirva de gobierno¹¹⁰.

Así, la oportunistamente presencia extranjera de soldados contratados en las guerras de la Independencia criolla cambió rápidamente de una ansiosa búsqueda a un abrupto aislamiento, de acuerdo con los ritmos y necesidades del proceso militar. Aun, a pesar de la importancia que los historiadores patriotas dieron a dicha presencia extranjera, parece que las dificultades para su control, sus continuas deserciones y los innumerables conflictos personales que su presencia suscitó, además de las delicadas consecuencias financieras para las nacientes repúblicas, permiten concluir que esta alternativa resultó más bien contraproducente, y excepto por el papel militar que algunos de estos grupos jugaron en algunas batallas de la campaña de la nueva Granada, sus acciones fueron más bien incómodas y hasta competitivas para los criollos y poco compensaron los costos financieros y políticos de esta iniciativa.

Al final, aparte de algunos funcionarios y políticos extranjeros que lograron alguna presencia en el mundo republicano como consecuencia de su participación militar en la guerra, la posición oficial hacia los militares extranjeros demuestra un gran pragmatismo y así se observa en el cambio de actitud casi inmediato, una vez terminada la guerra, para evitar la presencia de soldados mercenarios en las nuevas repúblicas, después de los halagadores discursos publicitarios de años anteriores.

109 Despacho de Robert Shuterland a sir George Shee. Public Record Office. Londres. 6 de diciembre de 1832. *Ibid.*, 55
110 Oficio del Ministro de Guerra Pedro Briceño a Bolívar. San Cristóbal, 24 de septiembre de 1820. López, *De Boyacá a Cúcuta*, 235

BIBLIOGRAFÍA

- ARBELÁEZ URDANETA, Carlos. 1941. *Los dos Wilson que figuraron en nuestra Guerra de Independencia*. En: Boletín de Historia y Antigüedades, 28, 757-763. Bogotá.
- BACHE, Richard (An Officer of the Unites States' Army). 1827. *Notes on Colombia taken in the years 1822-3. With an itinerary of the route from Caracas to Bogotá and an appendix*. (Chestnut Street: H.C. Carey and I. Lea,)
- BARRIGA VILLALBA, Antonio María. S/f. *El empréstito de Zea y el préstamo de Erick Bollmann de 1822*. Banco de la República. Bogotá.
- BARRIGA DEL DIESTRO, Fernando. 1998. *Finanzas de nuestra primera Independencia*. Editorial Guadalupe. Bogotá.
- BOLÍVAR, Simón. S/f. *Cartas de Bolívar 1799 a 1822*. Sociedad de Ediciones Louis-Michaud. París.
- DE BRICEÑO, Mariano. 1970. *Historia de la isla de Margarita*. Ministerio de Educación. Caracas
- STUART COCHRANE, Charles. 1825. *Journal of a Residence and Travels in Colombia during the Years 1823 and 1824*, 2 Vols. Henry Colburn, New Burlington St. London.
- CUERVO MÁRQUEZ, Luis. 1938. *La participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en la independencia de las colonias hispanoamericanas*. Editorial Selecta. Bogotá.
- DE LACROIX, Luis. 1967. *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*. Editorial Bedout. Bogotá.
- DEAS, Malcolm y Efraín Sánchez, (compiladores). 1991. *Santander y los ingleses, 1832-1840* Tomos I y II. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- FUNDACIÓN PARA LA CONMEMORACIÓN DEL BICENTENARIO DEL NATALICIO Y EL SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER. 1990. *Cartas Santander-Bolívar 1825-1826*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- MARRION GIBSON, William 1948. *The constitutions of Colombia*. Duke University Press. Durham, N.C.
- HAMBLETON, John H. 1969. *Diario del viaje por el Orinoco hacia Angostura. Julio 11-agosto 24, 1819*. Banco de la república. Bogotá.
- HAMILTON, J.P. 1827. *Travels through the interior provinces of Columbia*, 2 Vols. John Murray, Albemarle St. London.
- HASBROUCK, Alfred. 1969. *Foreign legionaries in the liberation of spanish South America*. Octagon Books. New York.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo (compilador). 1965. *Cómo nació la República de Colombia*. Banco de la República. Bogotá.
- HUMPREYS, R. A. 1952. *Liberation in South America, 1806-1827. The career of James Parissien*. University of London. London.
- ISENBERG, David. 1997. *A profile of today's private sector corporate mercenary firms*. Center for Defense Information Monograph. Washington.
- KAUFMANN, William. 1967. *British policy and the independence of Latin America, 1804-1828*. Archon Books. Hamdem.
- LEE LÓPEZ, Alberto (compilador). 1989. *Los ejércitos del rey 1818-1819*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- LECUNA, Vicente. 1955. *Bolívar y el arte militar*. The Colonial Press Inc. New York.
- LECUNA, Vicente (compilador). 1929. *Cartas del Libertador*, Tomo I. Lit. y Tip. del Comercio. Caracas.
- LÓPEZ DOMÍNGUEZ, Luis Horacio (compilador). 1990. *De Boyacá a Cúcuta. Memoria administrativa 1819-1821*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- MATOS HURTADO, Belisario. 1945. *El legionario Enrique Weir*. En: Boletín de Historia y Antigüedades 32: 365 (Mayo-abril de 1945, 335-340). Bogotá.
- MCNERNEY JR., Robert. 1970. *Memorias del general Daniel Florencio O'Leary*. University of Texas Press. Austin.
- MEZNAR, Joan E. S/f. *The ranks of the poor: military service and social differentiation in northeast Brazil, 1830-1875*. En: Hispanic American Historical Review 72:3 (1992), 335-351.
- MONTAÑA, Andrés (compilador). 1989. *Santander y los ejércitos patriotas 1811-1819*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- ORTIZ, Sergio Elías. 1971. *Franceses en la independencia de la Gran Colombia*. Editorial ABC. Bogotá.

- OSORIO RACINES, Felipe (compilador). 1969. *Decretos del general Santander 1819-1821*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- RESTREPO, José Manuel. 1954. *Diario político y militar*, 4 Vols. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Imprenta Nacional. Bogotá.
- ROBERTSON, W. S. 1939. *France and the Latin American Independence*. Baltimore.
- GARCÍA SAMUDIO, Nicolás. 1912. *Las memorias del general Serviez*. En: Boletín de Historia y Antigüedades, 8 160-170. Bogotá.
- SAÑUDO, José Rafael. 1980. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Editorial Bedout S.A. Bogotá.
- SCHEINA, Robert. 1987. *Latin America. A Naval History*. Naval Institute Press. Annapolis.
- SOWELL, David (compilador). 1991. *Santander y la opinión angloamericana. Visión de viajeros y periódicos 1821-1840*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá.
- VAWELL, Richard. 1974. *Memorias de un oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispanoamericana*. Banco Popular. Bogotá.
- WALKER, Colombia. 1822. *Siendo una relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial, política de aquel país, adaptada para todo lector en general y para el colono en particular*. 2 Vols. Baldwin, Cradock y Joy. London.
- KINGSLEY WEBSTER, Charles y F.B.A. Stevenson. 1938. *Britain and the independence of Latin America, 1812 -1830. Selected documents from the foreign offices archives*. London.
- PRESTON WHITAKER, Arthur. 1964. *Estados Unidos y la independencia de América Latina*. Eudeba. Buenos Aires.
- WOLOCH, Isser. 1986. *Napoleonic conscription: state power and civil society*. En: Past and Present 11 (Mayo de 1986). 101-129.

